

# La Potencia Militar de los Estados Unidos

- Desde las milicias de 1776 a la guerra de Vietnam

Alvaro Custodio

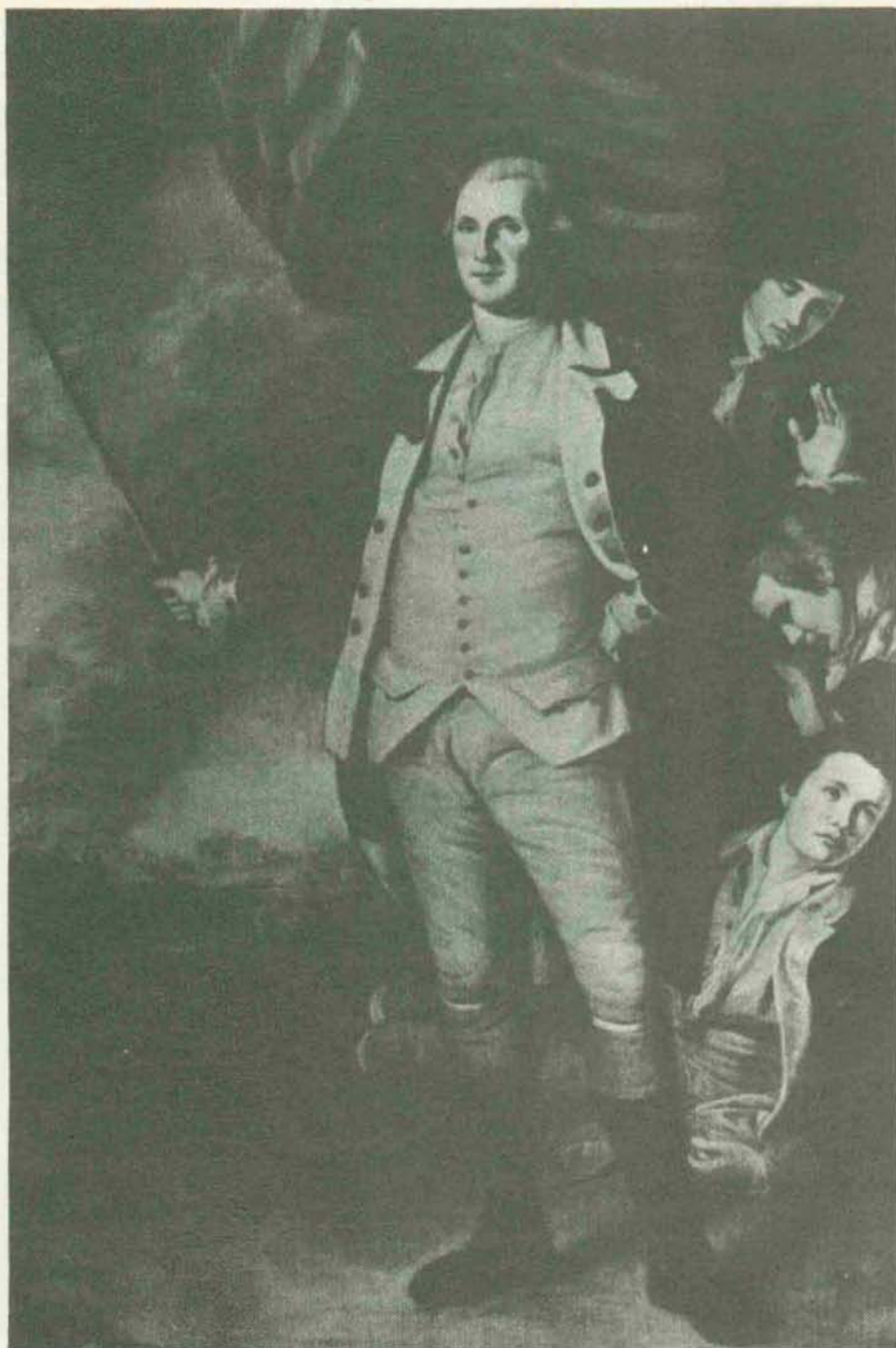
**R**evolución Americana llaman los cronistas anglosajones a la guerra de independencia que emprendieron las 13 colonias de la costa noratlántica contra la soberanía inglesa. Fue, en efecto, una revolución que habría de ejercer influencia decisiva en el desarrollo del mundo civilizado. Inglaterra era la mayor potencia militar de aquel siglo al haber derrotado en distintas guerras a Francia y España. Logró extender su poderío colonial por Asia y Africa, muchas veces a costa de sus dos grandes rivales, que se le habían anticipado en la expansión territorial. La guerra de independencia norteamericana fue larga y cruenta, terminando, contra todas las previsiones, con la victoria del más débil.

**E**RA la primera vez en la historia que los habitantes de un territorio conquistado y administrado por una gran potencia rechazaban con éxito a las autoridades coloniales. Roma, la mayor potencia colonial de la antigüedad, jamás perdió una sola de sus provincias (*pro-vincere*, lo que pertenece al vencedor). La caída del imperio romano se produjo por la invasión de las tribus germánicas que emplearon, contra una sociedad decadente y afeminada, los métodos guerreros aprendi-

dos de los mismos romanos. La Inglaterra del siglo XVIII no era decadente ni afeminada sino pujante y codiciosa. Su ejército acababa de apoderarse de la **Nouvelle France** (Canadá) y de la India, dos inmensos territorios, el primero primitivo y casi despoblado, pero el segundo superpoblado, poseedor de una muy antigua y refinada civilización. Sin embargo, el ejército británico, reforzado con mercenarios alemanes, no fue capaz de sofocar la rebelión de los colonos norteamericanos en

una extensión poco mayor que la del actual Estado de California.

La Revolución Americana sirvió de ejemplo y estímulo a las colonias pertenecientes a España y a las de otros continentes y pueblos a lo largo de los siglos XIX y XX, además de haber inspirado a los revolucionarios franceses de 1789. Por contraste, los Estados Unidos llegarían a convertirse en los más tenaces enemigos de los movimientos de independencia y revoluciones, sobre todo en Asia y Africa,



El general George Washington en la batalla de Princeton, óleo por Charles Wilson Peale. Washington fue el primer Presidente de los EE.UU.

los dos continentes políticamente menos desarrollados.

## LA PRIMERA GUERRA CONTRA INGLATERRA

Los Estados Unidos de América nacieron por un acto de violencia provocado en 1775 (1) que habría de prolongarse

(1) El general inglés Thomas Gage envió un destacamento a los pueblos de Lexington y Concord (Massachusetts),

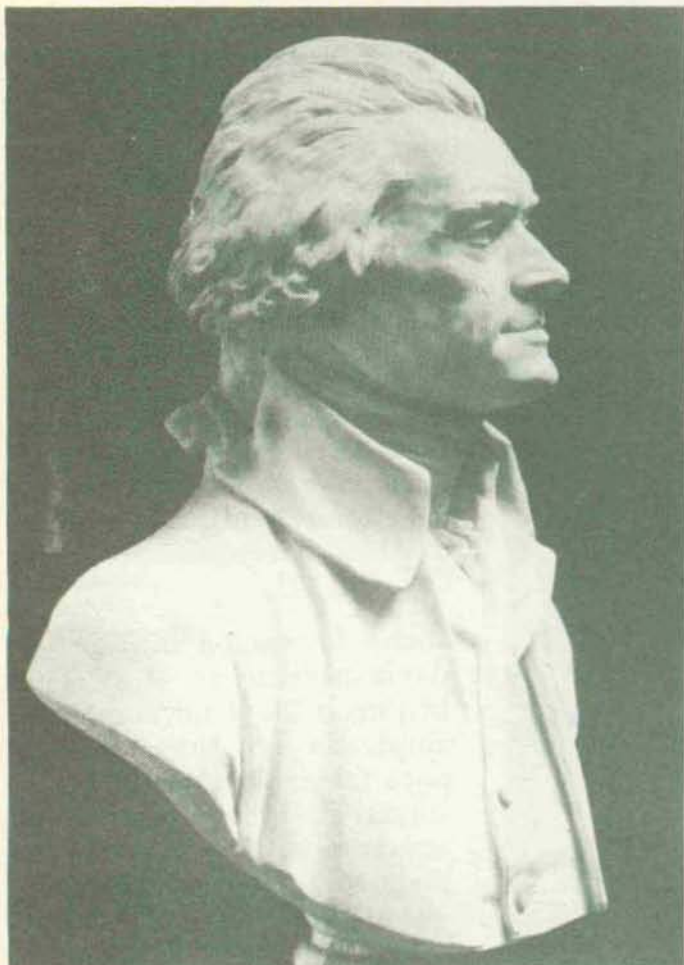
donde se había reunido el Congreso Provincial para protestar de las medidas tomadas por la Corona. El 19 de abril de 1775 se enfrentaron por primera vez las milicias con los soldados de Jorge III en la batalla de Concord, que encendió la mecha de la guerra de independencia. En mayo del mismo año, el general Jorge Washington fue nombrado comandante en jefe. Ralph W. Emerson compuso en 1836 el himno de Concord, en una de cuyas estrofas se dice: «...Here once the emblated farmers stood and fired the shoot heard around the world» (Los aguerridos granjeros resistieron aquí una vez y lanzaron el disparo que se oyó en todo el mundo).

ocho largos años entre los soldados profesionales del ejército británico con sus flamantes casacas rojas —lobsters backs— y las partidas de campesinos y menestrales expertos en el uso de la escopeta contra indios y alimañas. Las tropas inglesas habían adoptado la formación militar concebida por el rey de Suecia Gustavo Adolfo, siglo y medio antes, importada por el **New Model Army** de Oliverio Cromwell con algunos elementos del ejército realista conjuntados bajo la restauración bajo Carlos II (2).

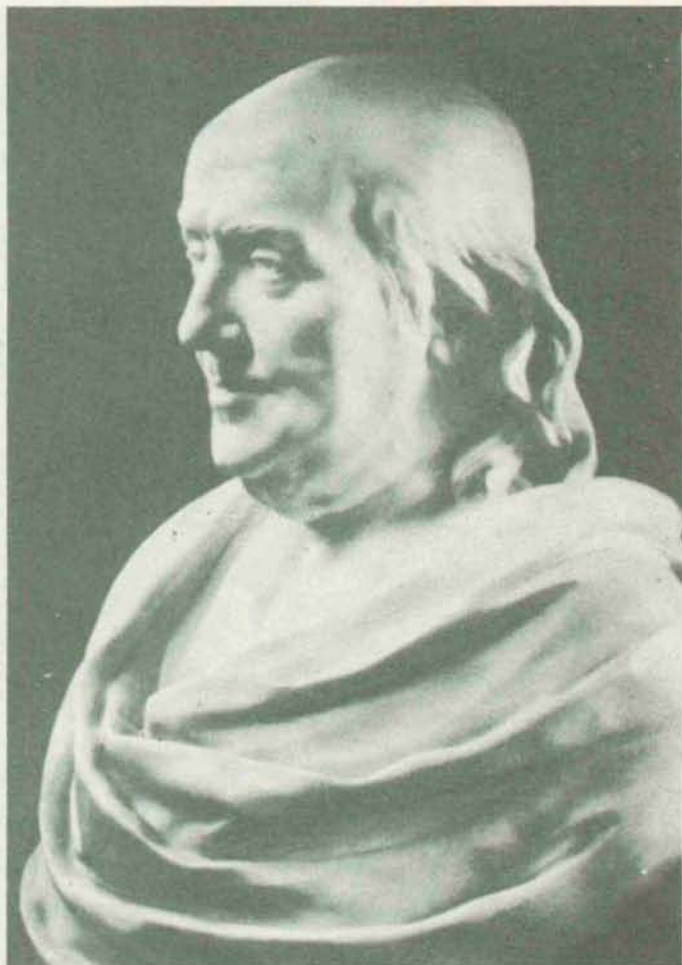
Dicha formación militar todavía persiste en el ejército británico (3) y tal como fue empleada en Norteamérica para tratar de aplastar la insurrección resultó totalmente anacrónica. El oficio de soldado solía ejercerse por toda una vida o cuando menos por la entera duración de una guerra. Requería un completo conocimiento del empleo de las armas que le eran confiadas más un concepto mecanicista de la disciplina. Las británicas eran, teóricamente, voluntarias. Los padres de familia destinaban al ejército los hijos que no servían para nada; el

(2) Oliverio Cromwell, miembro puritano del Parlamento, llegó a ser general en jefe de los revolucionarios ingleses contra el pretendido absolutismo del rey Carlos I al que hizo decapitar (1649). Cromwell recurrió, frente a la superioridad material de los realistas, a pequeñas unidades móviles fuertemente disciplinadas, imitando así la táctica del rey de Suecia, Gustavo Adolfo, en sus brillantes campañas por el norte de Europa.

(3) Consiste en cinco regimientos básicos: los Russell Foot Guards (Granaderos), el 1.º y 2.º Life Guards de los veteranos realistas; los Foot Guards del general Monk, otro héroe de la guerra civil inglesa, llamados también los Coldstream Guards por haberse formado en Coldstream (Escocia) en 1659. Y, por último, los Horse Guards de Lord Oxford (Caballería), también creados por la Commonwealth, gobierno constituido por Cromwell en sustitución de la monarquía que fue restaurada con Carlos II en 1660.



Thomas Jefferson, tercer Presidente de los Estados Unidos y autor de la Declaración de Independencia. Fue el más brillante político de la Revolución Americana.



Benjamin Franklin, el más popular de los líderes de la Independencia norteamericana, filósofo y científico. Fue uno de los cinco redactores de la Declaración de Independencia y el inventor del pararrayos.

grueso de la soldadesca se integraba con levas realizadas en las tabernas de barrios bajos, en las cárceles y entre campesinos analfabetos. Los ministros de Jorge III de Inglaterra consideraron insuficiente el ejército regular para la operación proyectada en las 13 colonias rebeldes y contrataron a buen precio 17.000 mercenarios germanos con Federico II, landgrave de Hesse-Cassel, a los que se añadieron otros 12.000 soldados de otros Estados teutones (4).

El servicio militar no fue obligatorio en Europa hasta la Revolución francesa. Los monarcas sostenían un ejército regular encargado de defen-

(4) De ellos murieron unos 500 en la guerra de independencia, otros fueron heridos, otros se quedaron en América y regresaron a Alemania 17.000.

der intereses muchas veces personales o familiares. Los soldados solían ser contratados en distintos países. Suiza y Alemania constituyeron canteras inmejorables de combatientes. Las fuerzas de choque entre las tropas del emperador Carlos V que recorrieron triunfalmente casi toda Europa estaban compuestas de suizos y lansquenets. Arriesgar gratuitamente la vida ante las balas enemigas fue un invento emocional de la Revolución francesa a lo que se llamó desde entonces **patriotismo** o **nacionalismo**. Concepto estimulado posteriormente por todos los países y doctrinas políticas cuya consecuencia más dolorosa han sido las inmensas carnicerías de las dos guerras mundiales, más las interminables guerras de **liberación** patrióticas que

siguen reproduciéndose en distintos rincones del globo terráqueo.

El ejército de la Revolución Americana estuvo formado por voluntarios reclutados por las milicias de los respectivos Estados o provincias y por los **Minute Men**: milicianos muy jóvenes dispuestos en cualquier momento de alarma para formar en compañías de choque. Junto a estas formaciones estaba el ejército continental cuyos soldados sólo se comprometían a combatir durante el período normal de lucha, ya que en aquel siglo los ejércitos se encerraban durante los fríos y las nevadas en los cuarteles de invierno.

Los colonos reunidos en Filadelfia, dispuestos a enfrentarse al poder real británico, no pensaron un solo momento

en organizar una guerra popular. Los países anglosajones no recurrieron a la conscripción --con alguna excepción parcial-- hasta la guerra de 1914-18. En las 13 colonias británicas del Norte de América existía un pequeño ejército regular al servicio de la corona cuya misión principal consistía en defender sus fronteras de sus dos potenciales enemigos: Francia y España. Canadá pasó a poder de Gran Bretaña tras una guerra de siete años en la que participaron y se fogearon quienes después se convertirían en jefes militares de los insurrectos: Washington, Montgomery, Greene y Benedict Arnold, cuya traición nunca fue olvidada por los norteamericanos.

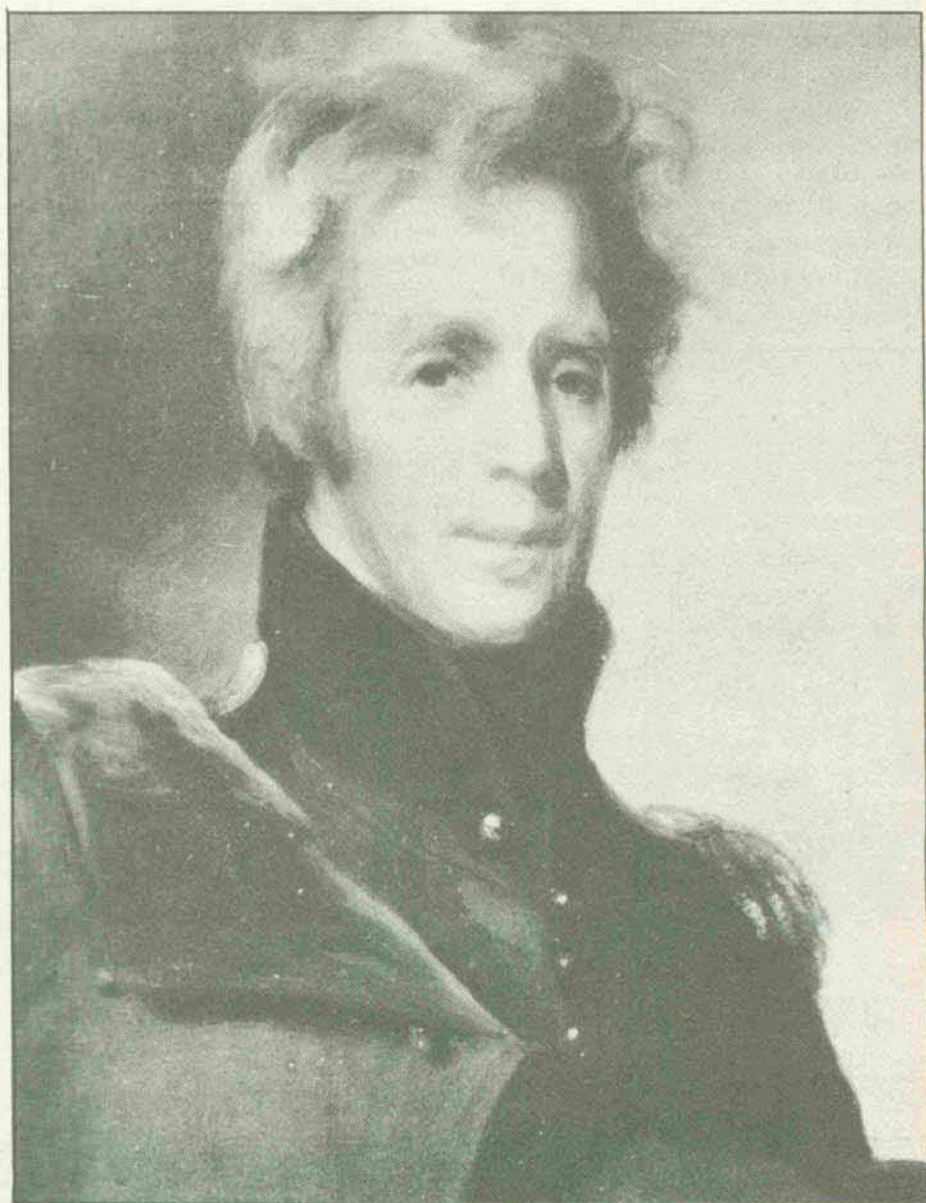
La inexperiencia y la improvisación costaron serias derrotas: los ingleses tomaron New York, Boston y Filadelfia, pero los rebeldes nunca perdieron la moral y recibieron la valiosa ayuda de Francia y España, las dos potencias rivales de Inglaterra. Dos generales franceses intervinieron junto a los revolucionarios, el Marqués de Lafayette (hay varias ciudades norteamericanas que llevan su nombre) y Rochambeau. Un marino español, el Conde de Gálvez, recuperó por sí solo en una osada maniobra, la bahía de Pensacola de manos inglesas.

Los británicos desembarcaron 30.000 soldados y contaron con 10.000 marinos en servicio. Del lado norteamericano había 46.000 soldados continentales (regulares), 26.000 milicianos y 17.000 **minute men**. Los jefes militares rebeldes quisieron formar un ejército tomando como modelos el inglés y el prusiano que había ganado rápido prestigio tras las campañas de Federico el Grande. Llegaron a contratar los servicios del general alemán Steuben quien trató

de inculcar en los voluntarios, en Valley Forge, la más estricta disciplina prusiana. La mayor lección de la guerra de independencia fue el total fracaso del concepto militar prevaliente entre las grandes potencias europeas de aquel siglo, capaces de conquistar la India y de repartirse Polonia, pero no de dominar a unos miles de granjeros y menestrales rebeldes contra el poder real.

Los norteamericanos formaban una comunidad tan civilizada como la inglesa y capa-

ces de mantener un espíritu combativo semejante al que mostraron unos años después los revolucionarios franceses en los campos de Valmy contra los experimentados ejércitos de Austria y Prusia. Las guerras se hacían en el siglo XVIII a base de formaciones compactas de infantería que avanzaban a pecho descubierto contra el enemigo lo que causaba una terrible mortandad en ambos ejércitos contendientes. Cuando el bando perdedor retrocedía o trataba de escapar a la muer-



El general y séptimo Presidente de los Estados Unidos, Andrew Jackson, improvisado estratega de gran talento y agudísimo político.

te, caía sobre él la caballería segando cabezas y brazos. La artillería era inmóvil, destinada a defender o atacar plazas fuertes. Las balas que arrojaban los cañones tenían efecto demoleedor contra muros y empalizadas, pero resultaban poco eficaces en campo abierto ya que al chocar contra el suelo apenas si propagaban algunas esquirlas de su pesada esfera de plomo.

El arma básica en aquellas guerras donde los soldados iban ataviados con uniformes de brillantes colores, fue el fusil de chispa, heredero del arcabuz empleado en los siglos XVI y XVII. El fusil de chispa tenía que cargarse por la boca, fallaba con frecuencia y resultaba inservible cuando llovía o nevaba. Su alcance era tan sólo de unos 180 metros y hacía blanco en un hombre a unos 40 metros de distancia. La consigna entre los jefes de compañía era: «No disparar hasta no ver el blanco de los

ojos». Como complemento se usaba la bayoneta que solía hacer más estragos que la pólvora.

Esa táctica falló con los milicianos parapetados tras las rocas, los árboles, la maleza y los pantanos con elásticos movimientos en grandes distancias para esconderse o huir en situaciones desesperadas. Era terreno conocido para ellos y desconocido para los británicos y teutones. Sin embargo, los colonos de Nueva Inglaterra no se levantaron contra las autoridades coloniales por un sentimiento patriótico y ni siquiera aspiraron a la independencia durante el primer año de rebeldía. Defendían sus derechos contra gravámenes de las leyes inglesas (5). Eran ellos descendientes directos de los peregrinos

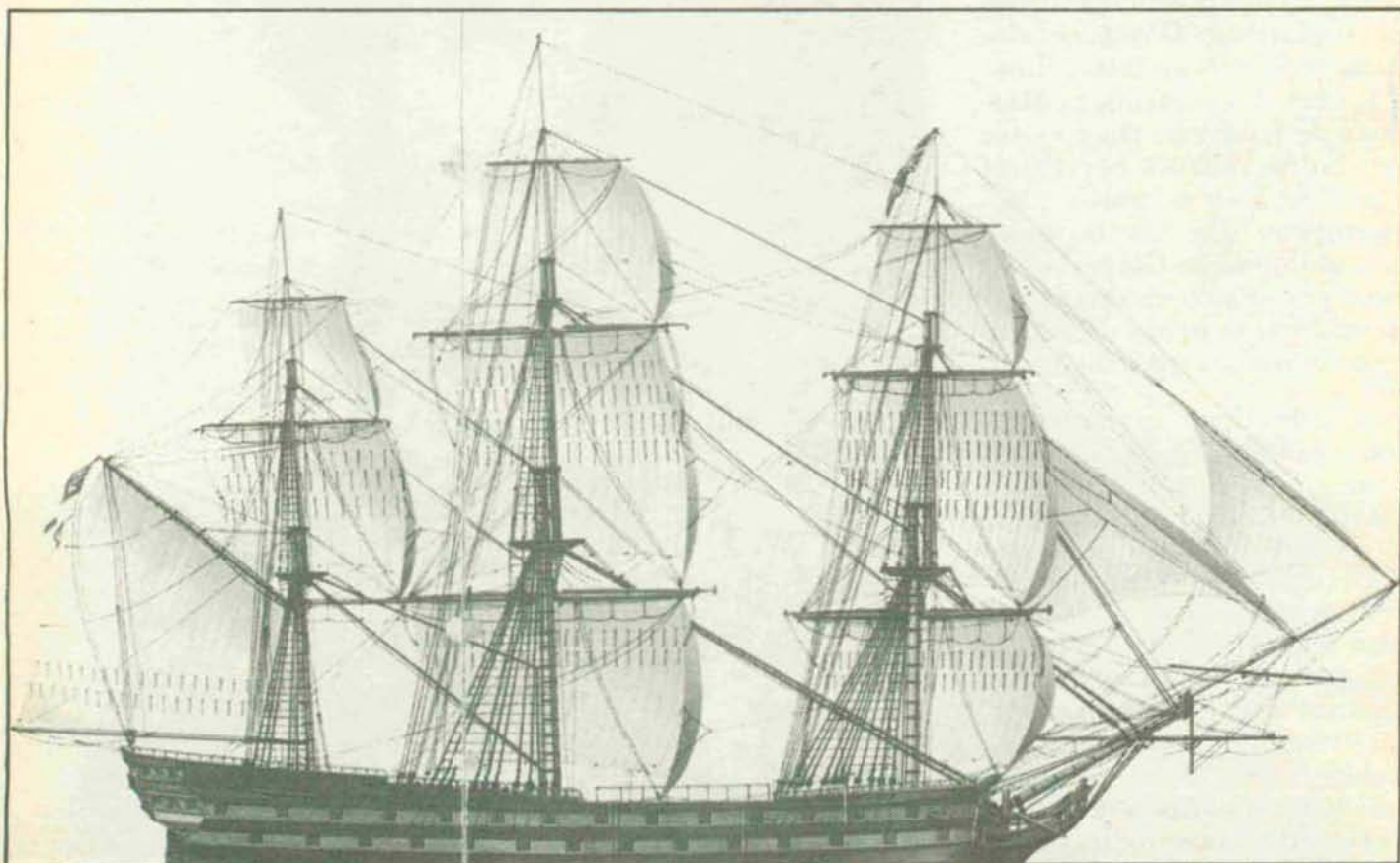
(5) La decisión de separarse de Inglaterra no maduró en la mente de los inductores de la rebelión —Thomas Jefferson, John Adams, Benjamin Franklyn, James Madison, Alexander Hamilton— hasta

del **Mayflower** (6) y de otros barcos de emigrantes en su mayoría de religión puritana: ingleses, galeses, irlandeses y en menor proporción suecos y alemanes.

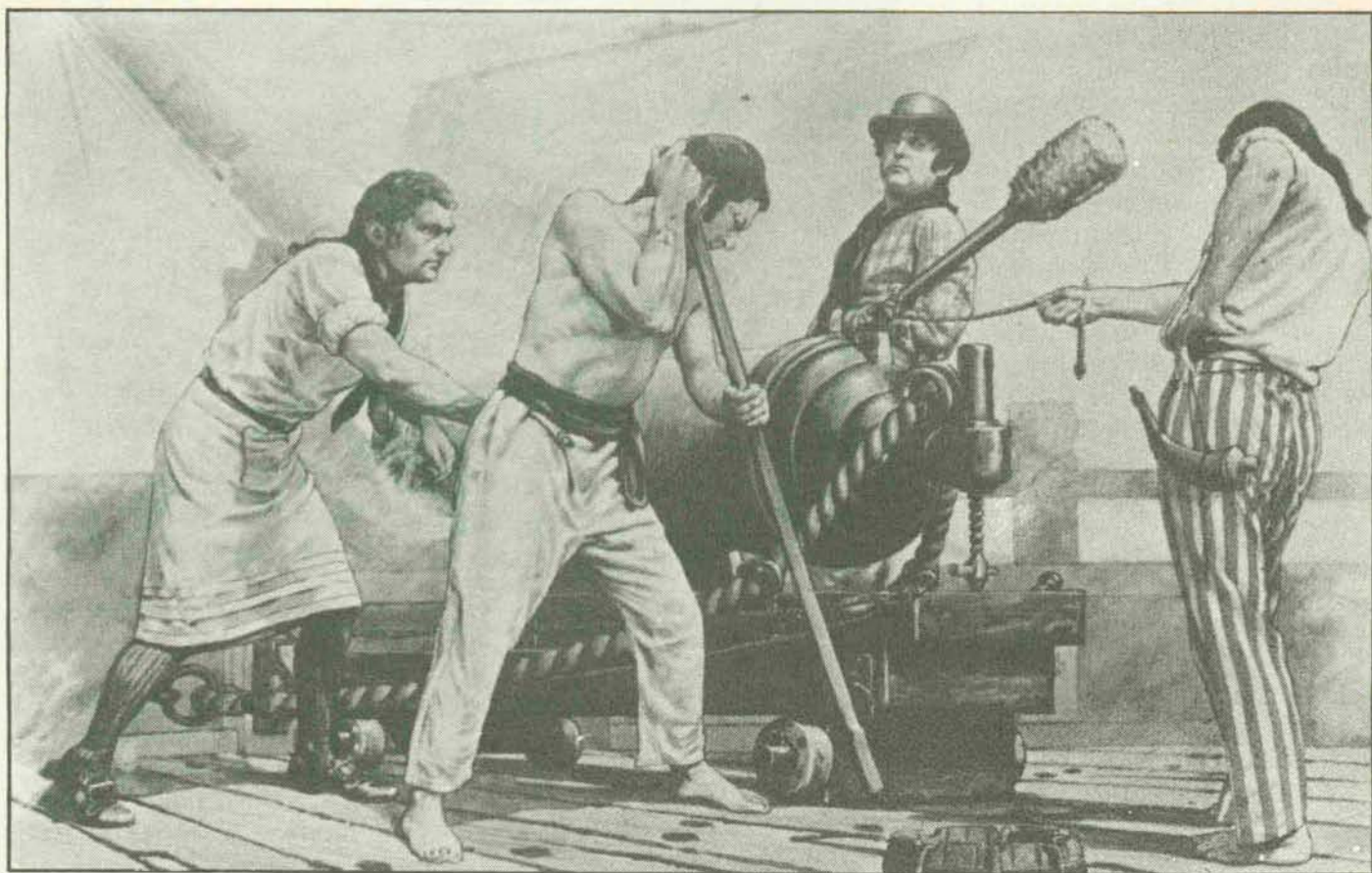
Se mantuvieron siempre apartados de los indios, pero importaron miles de negros africanos como esclavos para el trabajo de los campos. La Revolución Americana tuvo su origen en la protesta desoída de los colonos contra la

que apareció el libro de Thomas Paine **Common Sense** (principios de 1776), donde se decía, entre otras cosas: «Ni Francia ni España serán quizá nunca nuestros enemigos si nos separamos de Gran Bretaña».

(6) En 1620 desembarcaron del «Mayflower», en la costa de Nueva Inglaterra, un grupo de **pilgrims** (peregrinos), cuyas ideas puritanas encontraban seria oposición en Inglaterra, donde la religión anglicana era la oficial del Estado. Fundaron la colonia de Plymouth. Su establecimiento definitivo se conmemora en los Estados Unidos como acción de gracias (Thanksgiving Day) por las cosechas de cada año, fiesta que iniciaron aquellos peregrinos.



Un típico barco de guerra en la época de la Revolución Americana: el **Ardent** de la armada británica, con 64 cañones, 1.440 toneladas y una tripulación de 485 hombres.



Los cuatro servidores obligados de un cañón en los barcos de guerra con velas a principios del siglo XIX. La operación de hacerlos disparar exigía un largo aprendizaje ya que fallaban con frecuencia.

pretensión de la corona de hacerles pagar impuestos que cubriesen necesidades militares del Estado británico en sus casi constantes guerras internacionales. Obligaba a los colonos a comerciar exclusivamente con la metrópoli, prohibiéndoles taxativamente hacerlo con otros países o territorios que no fueran ingleses (7). Aunque cada una de las 13 colonias tenían un gobernador y varios funcionarios mayores nombrados directamente por la corona y aquéllas carecían de representación en el Parlamento de Londres, estaban acostumbrados al **self-government** mediante una legislatura y un

(7) Estas restricciones habían existido desde un principio en todas las colonias españolas extendidas a la total prohibición de ejercer otra religión que la católica. Cuando las leyes de Indias se mostraban demasiado benignas para los indígenas restringiendo derechos a los encomenderos, era tradicional que los virreyes exclamaran: «Acato, pero no cumplo».

Consejo locales escogidos por sufragio popular, pero no universal sino condicionado por la calidad social del votante.

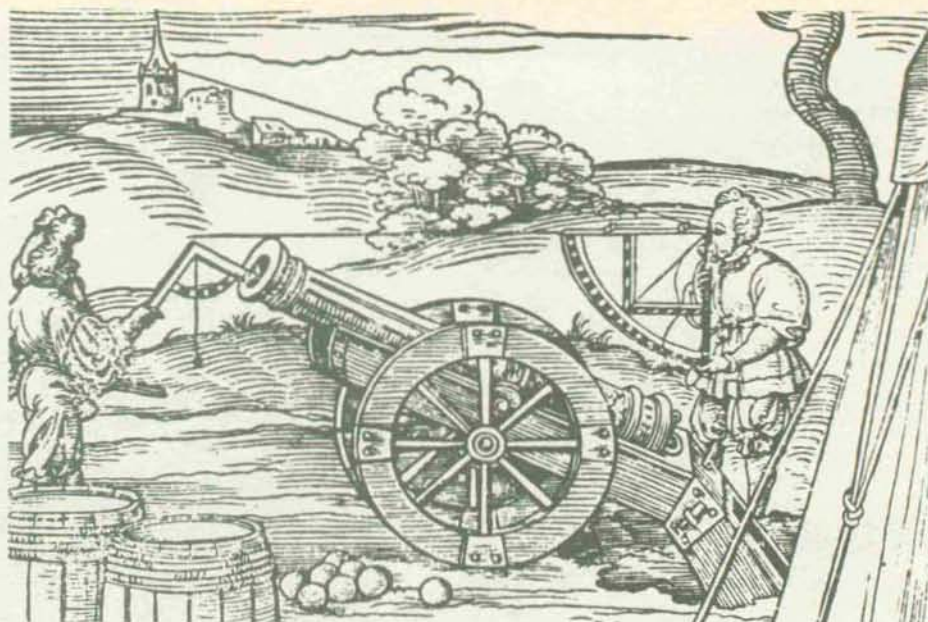
La Revolución Americana no fue un levantamiento desde la base, como la francesa, sino la resolución de los colonos más influyentes y prósperos, reunidos en el Primer Congreso Continental en Filadelfia (1774) para oponerse a las imposiciones de índole comercial e industrial de las autoridades inglesas. La protesta adquirió carácter revolucionario cuando el rey y el Parlamento cometieron el error de no atender los consejos de un gran estadista, entonces en la oposición, William Pitt, el padre, nombrado más tarde Lord Chattham, quien propuso llegar a una conciliación, pero en ningún caso a la imposición por la fuerza de leyes emanadas desde Londres.

El general Washington y sus colaboradores tropezaron con

grandes dificultades para reclutar combatientes del ejército regular. Tenían que ser pagados y su tiempo de servicio se limitaba desde el comienzo de la primavera al final del otoño. Rara vez se reenganchaban aunque hubieran salido ilesos. De poco servían las arengas por la libertad y la independencia: el anglosajón deja poco espacio en su mente a los principios demasiado abstractos y hasta en sus creencias religiosas se muestran sumamente metódicos. La constitución de un nuevo Estado con leyes propias y sin interferencia europea no era asimilada fácilmente por aquellos rudos campesinos cuya conciencia estaba sometida a los rígidos principios de sus sectas religiosas para las cuales, el pecado y no los ingleses, era su principal enemigo.

El Congreso Continental de Filadelfia trató de evitar a toda

costa que la guerra se convirtiera en un levantamiento popular. Uno de los más espinosos problemas fue el de la participación de los negros. La esclavitud existía como estado jurídico en las 13 colonias, pero muy atenuada en Nueva Inglaterra. Muchos negros intervinieron en los primeros combates pero el Congreso Continental prohibió a los jefes y oficiales que reclutaran soldados de color. El general Washington protestó y los congresistas, aunque a contrapelo, aceptaron que los negros libertos participaran en la guerra, pero no los esclavos. Por su parte, el Gobernador inglés de Virginia, Lord Dunmore, ofreció la libertad a todos los negros que se alistaron en las filas realistas, lo que surtió considerable efecto. Muchos dueños de esclavos, en ambos bandos, los liberaron para evitar participar ellos en la lucha. No dejó de plantearse una gran controversia ya que era una contradicción combatir por la libertad y mantener la esclavitud, pero los grandes propietarios del sur se negaron a modificar la situación jurídica de la ma-

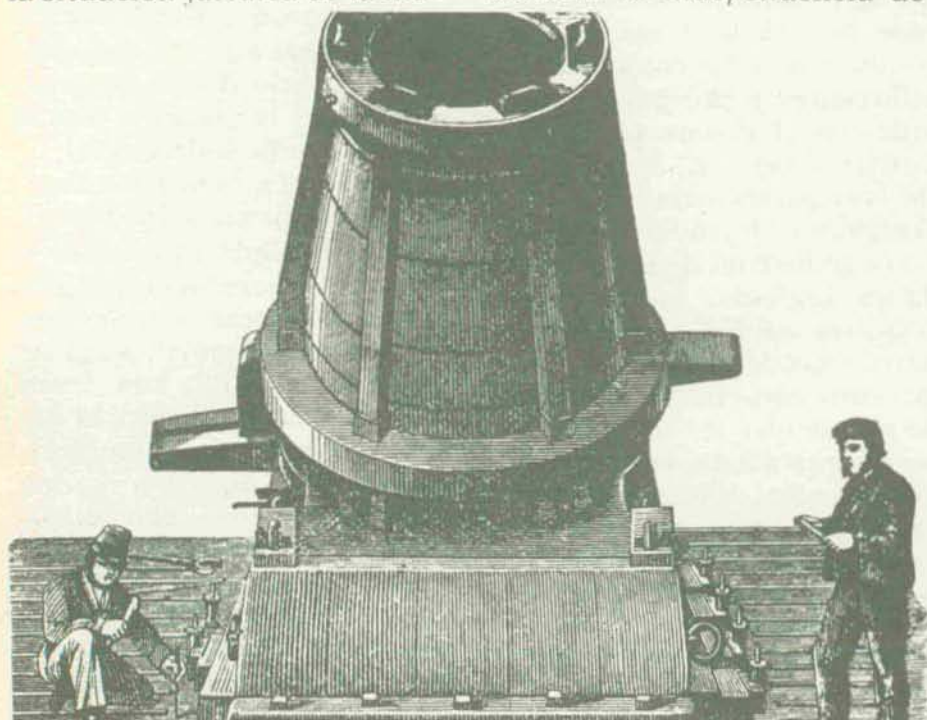


Grabado alemán (1547) en que dos artilleros calculan la elevación de una bala de cañón utilizando un clinómetro y un cuadrante.

yoría de raza que siguieron siendo esclavos.

La guerra la ganaron los colonos por su temple de acero, la capacidad organizativa de Washington, quien no fue mejor estratega que los mediocres generales ingleses, y la ayuda de Francia y España que acabaron por declarar la guerra a Inglaterra. Por el Tratado de París (septiembre 3 de 1783) la Gran Bretaña reconocía la independencia de

sus 13 colonias, devolvía a Francia la Luisiana que le había quitado en la guerra de los siete años (junto con Canadá) y a España, la Florida. Ninguno de ambos territorios permaneció mucho tiempo en poder de estos países europeos: los dos pasaron a formar parte de los recién creados Estados de América en 1803 y en 1813 respectivamente sin que el ejército norteamericano tuviera que disparar un tiro para conquistarlos (8). La Luisiana fue comprada al Primer Cónsul de Francia, Napoleón Bonaparte en 80 millones de francos, por el Presidente Thomas Jefferson. El territorio del Mississippi en la Florida había sido cedido gratuitamente por España a los Estados Unidos en 1795; la Florida occidental fue ocupada por el general norteamericano Andrew Jackson sin oposición española en 1813 y la oriental, por el mismo guerrero, en



Mortero diseñado por Mallet en 1855. Arrojava una carga de 2.400 libras a dos millas de distancia.

(8) La pérdida de la Luisiana y la Florida hay que atribuirla a la incapacidad y corrupción de los gobernantes españoles que firmaron los tratados de San Lorenzo del Escorial (1795) y San Ildefonso (1800), cuando Manuel Godoy, El Choricero, era valido de Carlos IV; el tercer tratado de cesión se firmó en 1819 bajo la monarquía absolutista de Fernando VII.

1818 con el pretexto de combatir a los indios seminolas. Un año después cedió España toda la Florida por cinco millones de dólares que se embolsaron los Estados Unidos por reclamaciones pendientes. Así empezó la expansión de la joven nación que se completaría después de costa a costa, agregándole además las islas Hawaii, anexionadas en 1898; el Canal de Panamá (1903); Guantánamo en Cuba (1903) y las Islas Vírgenes St. Croix, St. Ythomas y St. John, compradas a Dinamarca en 1916 por 25 millones de dólares, lo mismo que el hoy Estado de Alaska, comprado a Rusia en 1867 por 7.500.000 dólares.

## CONSTITUCION Y ANTIMILITARISMO

El crecimiento vertiginoso de los Estados Unidos hasta el más alto nivel de la economía mundial y su formidable expansión territorial en 200 años desde las 864.746 millas cuadradas de 1780 a los 3.615.122 de 1979 --casi el 7 por 100 de la superficie total de la Tierra-- con una población que aumentó de 3.929.000 en 1790 a 220.232.000 habitantes en 1975 no se ha debido al derecho de conquista por la genia-

lidad de sus caudillos ni a su aparato bélico como en los casos ya casi legendarios de Alejandro Magno, Julio César, Teodorico el Grande, Gengis Khan, Kublai Khan, Solimán el Magnífico, Hernán Cortés, Clive de la India, Pedro el Grande de Rusia, Federico de Prusia, Napoleón Bonaparte, Bismarck, El Japón de Togo y la Alemania de Hitler.

El pueblo norteamericano se ha significado históricamente por su antimilitarismo. Los ejércitos norteamericanos que ganaron todas las guerras en que han participado fueron un producto improvisado de su enorme desarrollo económico y de su voluntad de supervivencia (9). Cuando los pueblos pierden esa voluntad de supervivencia, propician su decadencia fulminante: así le sucedió a Roma y a España; o a Francia e Inglaterra en el si-

*(9) Los conflictos de Corea y Vietnam no fueron guerras de supervivencia para los Estados Unidos. El ejército norteamericano no opera eficazmente cuando ejerce tan sólo funciones policiales al margen, y en ocasiones en contra de la opinión nacional, como sucedió con Vietnam. Su maquinaria de combate en una guerra internacional ha demostrado poseer una elasticidad y un poder de recuperación tan asombrosos como temibles, pese a la escasa brillantez de sus mejores estrategas, desde Washington a Eisenhower, pasando por Jackson, Scott, Taylor, Lee, Grant, Sherman, Pershing y MacArthur.*

glo XX. Los Estados Unidos no han caído todavía en igual estado de postración nacional, aunque haya algunos indicios como la creciente indiferencia del pueblo a participar en las elecciones y en los referendums.

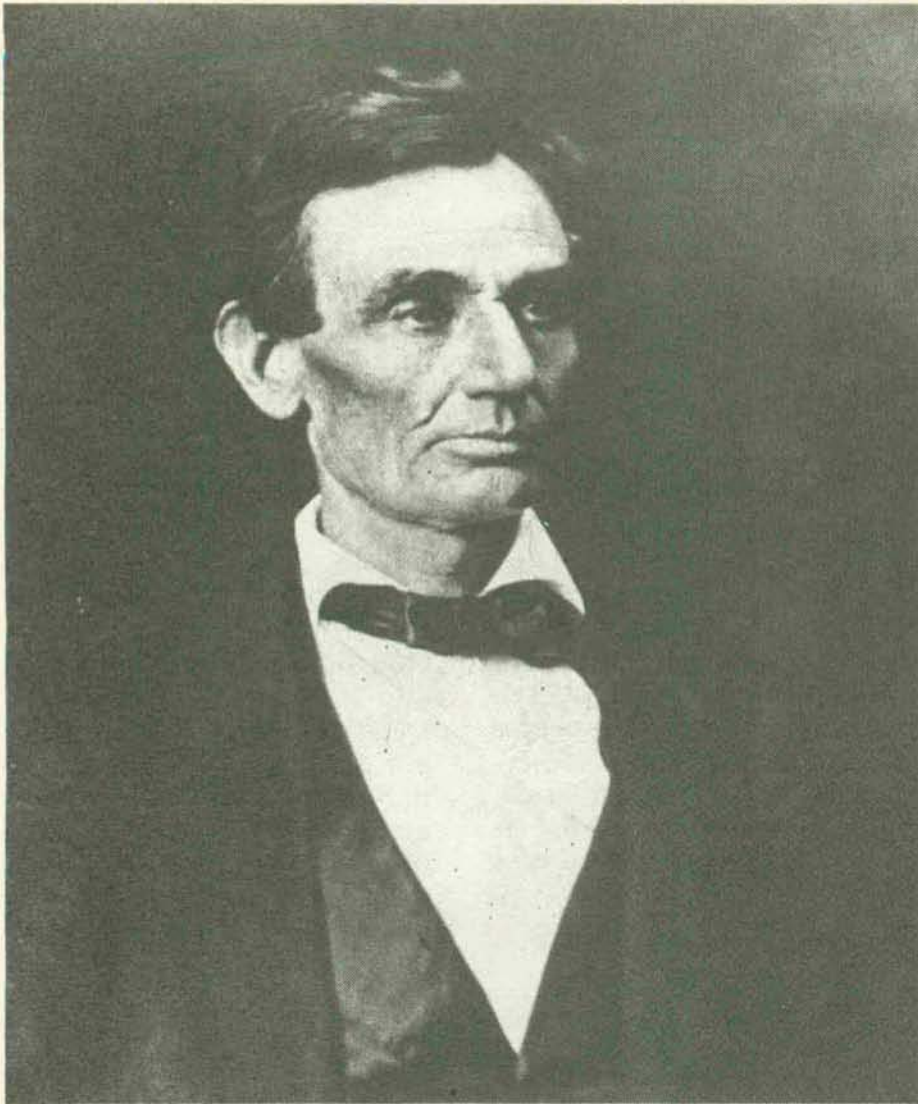
En 1787 se proclamó la Constitución federal todavía vigente con numerosas enmiendas que la han actualizado. En 1789 fue nombrado, por unanimidad del Colegio Electoral, Jorge Washington primer Presidente del nuevo Estado. En el espíritu de los «padres de la patria» se manifestó desde un principio que la nación prescindiría de un ejército permanente y bien pertrechado en tiempo de paz, por ser incompatible con los preceptos democráticos, ya que sus jefes podrían llegar a imponer su criterio por la fuerza sobre el de la mayoría del país. El propio Washington propuso la desmovilización que sería suficiente para garantizar la inviolabilidad de las fronteras con cuatro regimientos de infantería y uno de artillería, en total 2.631 hombres.

Los Artículos II y III de la Primera Enmienda Constitucional (**Bill of Rights**) establecían que para garantizar la seguridad de un Estado libre se ne-



Un destacamento de artilleros prepara la carga de otro mortero diseñado por Mallet en 1855 para el ejército inglés. La industria armamentista norteamericana tomó casi todas sus ideas de los fabricantes europeos durante el siglo XIX.





El Presidente Abraham Lincoln, la figura política más venerada, junto con Washington, por el pueblo norteamericano. Firmó el decreto que abolía la esclavitud de los negros, impidió la secesión de los Estados esclavistas del Sur de los Estados Unidos tras cuatro años de guerra civil y murió asesinado por un fanático.

cesitaba una milicia formada por voluntarios. Todo ciudadano tenía el derecho a poseer armas, pero ninguno podría ser movilizado en tiempo de paz contra su propio consentimiento. Para Washington, la única amenaza exterior que podría afrontar algún día la Unión Americana habría de venir de Europa: lo esencial, por tanto, era fortificar los puertos y construir una eficaz marina de guerra. Este criterio estratégico prevaleció en todos los gobernantes norteamericanos durante más de un siglo. El Secretario de Guerra bajo el gobierno Washington fue un librero, Henry Knox, a quien se debe la promulgación de la **Militia Act**

(1792), según la cual todos los ciudadanos hábiles entre los 18 y los 45 años —excepto los indios, los negros y los esclavos— tenían la obligación de enrolarse en la compañía de milicianos más próxima a su domicilio, aportando las armas necesarias. Este ambicioso proyecto funcionó más «sobre el papel» que en la realidad, pero volvió a sentar el principio de que la nación repudiaba la creación de un ejército con propósito de conquistar territorios ajenos. Lo cual no significó que no lo hiciera cuando se presentó la ocasión, pero sólo frente a países tan débiles militarmente como México en 1846 y España en 1898.

## NUEVA GUERRA CONTRA INGLATERRA Y EXPANSION

Entre las grandes ambiciones de los bisoños políticos norteamericanos figuraba la posible anexión del inmenso territorio del Canadá, perteneciente a Inglaterra desde 1763, pero no pasaba por la mente de sus gobernantes preparar un plan bélico que hiciera factible esa pretensión. La Revolución francesa (1789) sembró el pánico en los gobiernos de Washington y su sucesor, John Adams, ante la eventualidad de que las ideas jacobinas penetrasen en la nueva sociedad norteamericana. Lazaro Carnot había introducido, para defender a la República, la **levée en masse**, una medida que haría fortuna en todo el mundo: la conscripción o servicio militar obligatorio. Los revolucionarios franceses confesaban su entusiasmo por la Revolución Americana, que habían tomado de ejemplo, aunque llevaran sus consecuencias mucho más allá en el aspecto político. En vista de lo cual, los gobernantes norteamericanos reforzaron sus defensas marítimas y construyeron nuevos barcos de guerra. Tanto la armada francesa como la inglesa interceptaban constantemente a los mercantes norteamericanos durante las contiendas entre ambos países. Cuando cayeron Robespierre y sus jacobinos dando paso, poco después, al bonapartismo, los gobernantes de Estados Unidos se sintieron tranquilos: los anglosajones son poco propicios, por temperamento, a los cambios políticos radicales.

Thomas Jefferson, tercer Presidente de los Estados Unidos (1800 a 1808) redujo el ejército continental a la mitad de sus efectivos, pero fundó —por recomendación de Washington— la Academia Militar de West Point. Las guerras napoleo-

leónicas tenían enredada a toda Europa; los Estados Unidos iniciaron desde entonces su política internacional aislacionista, que se prolongaría hasta la Segunda Guerra Mundial. Sus barcos comerciaban con todos los países y muy especialmente con Francia. Debido a ello, los secuestros y registros efectuados por la armada inglesa contra las naves americanas provocaron tal indignación nacional que el ejército norteamericano se encontró de nuevo en guerra con su antigua metrópoli. Los voluntarios que combatieron contra los británicos en 1812 llegaron a sumar 500.000. Los ingleses llevaron la iniciativa, como habían hecho durante la guerra de independencia, ocuparon las principales ciudades, incluyendo Washington, incendiaron la Casa Blanca, pero perdieron la principal batalla cuando ya habían firmado la paz (1815), en New Orleans, ante las huestes de un general formado en las luchas contra los indios, Andrew Jackson, que llegaría años después a la Presidencia, como sucedió con Washington y más tarde con Zachary Taylor —vencedor de México—, con Ulysses C. Grant —vencedor en la guerra civil—, Theodore Roosevelt —héroe popular en la guerra contra España— y Dwight Eisenhower, jefe supremo aliado en la Segunda Guerra Mundial.

La segunda guerra contra Inglaterra no produjo beneficios para ninguno de los dos contendientes; los Estados Unidos no pudieron anexionarse Canadá, pero se quedaron con la Florida, que pertenecía a España. El general Jackson fue quien decidió anexionarla con el pretexto de combatir a los indios. España, gobernada entonces por Fernando VII, jugó en esta maniobra política norteamericana un papel casi tan triste como ochenta años



El general Ulysses S. Grant, jefe de los Ejércitos del Norte en la sangrienta guerra civil norteamericana y 18.º Presidente de la nación.

después el gobierno de la Restauración frente a la escuadra yanqui en Santiago de Cuba y en Cavite. Jefferson había comprado a Francia la Luisiana, con lo cual la importancia territorial y económica de la nueva nación sólo era sulelada hasta ese momento por las extensas colonias bajo dominio español, que ya habían iniciado sus movimientos independentistas. La revolución industrial inició en el norte de los Estados Unidos un auge impresionante en contraste con los Estados del sur, que se consagraron a la agricultura. James Watt, un ingeniero escocés, había inventado la máquina de vapor, que iba a cambiar

totalmente la fisonomía de la marina de guerra. Durante la década de los treinta en el siglo XIX se sucedieron varios inventos trascendentales, cuatro de ellos norteamericanos: Samuel Colt patentó en 1835 el revólver que lleva su nombre; Samuel F. B. Morse inventó el telégrafo, aunque no transmitió su primer mensaje —«What hath God wrought!»— (¡Lo que Dios ha fabricado!) hasta 1844; Cyrus H. McCormick patentó su segadora mecánica en 1834; John Deere introdujo el arado de acero en 1837; Charles Goodyear logró vulcanizar el caucho en 1839; en 1830 corrió sobre rieles por vez primera la locomotora Rocket, que pe-

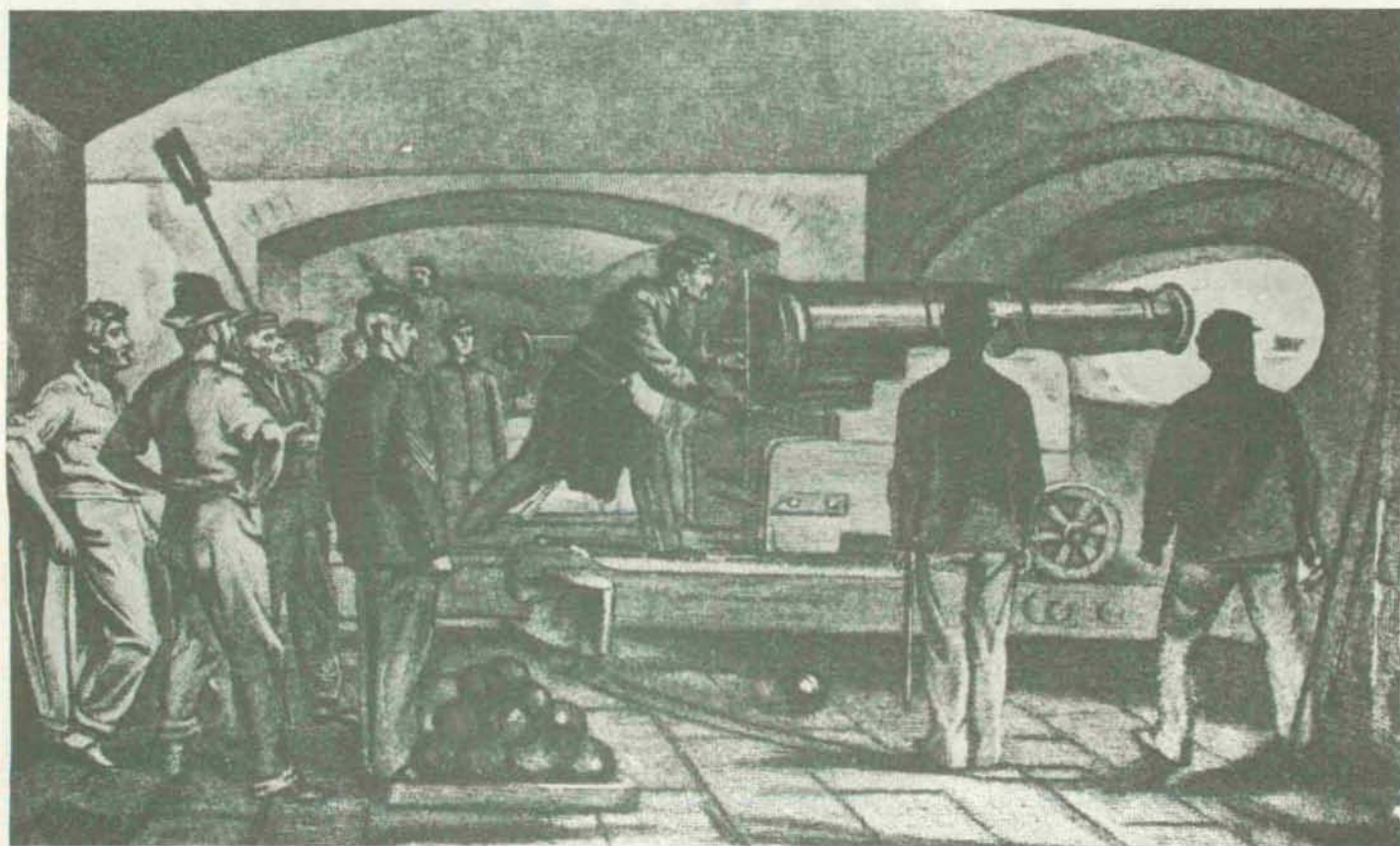
saba tan sólo 4,5 toneladas. También en esa década murió asesinado en Illinois (1837) el primer abolicionista de la esclavitud, el periodista Elijah P. Loney. Tal iba a ser el germen que dividiría al país veinticinco años después en una guerra civil que estuvo a punto de romper el espinazo a la nación norteamericana.

En 1823 este país, esencialmente antimilitarista, enemigo de las aventuras bélicas y en plena formación, tuvo la osadía de desafiar a las potencias colonialistas al proclamar la Doctrina Monroe. El Presidente James Monroe, en su mensaje al Congreso, expresó que el continente americano, al haber adquirido su libertad e independencia, no volvería a ser sometido a la colonización de las potencias europeas. Defendía con ello la independencia que ya habían conquistado las colonias españolas y portuguesas, rechazando, por tanto, la influencia

de aquéllas en América, aunque reconocía la soberanía española, inglesa, francesa y rusa sobre los territorios que todavía eran suyos. La Guayana, la Martinique, Guadalupe, St. Pierre y Miquelon siguen siendo posesiones francesas en América. Aruba y Curacao pertenecen a Holanda. Canadá, aunque independiente *de facto*, es dominio inglés y siguen siendo británicas numerosas islas en el mar Caribe, las Bermudas, las Bahamas, las Falklands, etc. La Doctrina Monroe se interpretó muchos años después como una especie de «América para los norteamericanos». Se hizo poco caso cuando fue proclamada, puesto que los Estados Unidos no eran todavía una potencia: las tropas francesas de Napoleón III intervinieron y ocuparon México para apoyar el imperio de Maximiliano de Austria desde 1861 a 1867, coincidiendo con la guerra civil norteamericana,

que terminó dos años antes de *que los franceses* se retiraran de México. La Doctrina Monroe no pudo ser aplicada porque el país se hallaba en plena reconstrucción y carecía de medios militares suficientes para enfrentarse a un ejército tan experimentado como el francés. Fue el heroísmo de los liberales mexicanos conducidos políticamente por Benito Juárez lo que determinó el fracaso de la empresa imperial.

William H. Sumner, ayudante general del Estado de Massachusetts, escribió al ex-presidente John Adams, entonces Secretario de Estado, el mismo año de la Doctrina Monroe: «Los grandes ejércitos son un peligro para las libertades civiles». Tal era el espíritu prevaleciente en los medios gubernamentales que no habría de variar ni después de las dos guerras mundiales. Cuando la marina norteamericana contó con el primer



La guerra civil comenzó el 12 de abril de 1861 con el ataque de los Confederados secesionistas contra el Fuerte Sumter, defendido por los unionistas. Estaba situado en la entrada al puerto de Charleston en Carolina del Norte. El capitán Abner Doubleday, jefe de la guarnición del fuerte, en el punto de mira de uno de sus cañones. El fuerte fue tomado por los confederados. (Grabado de la época).



# THE ILLUSTRATED LONDON NEWS



No. 1197.—VOL. XLII.

SATURDAY, APRIL 4, 1863.

TWO SHEETS, FIVEPENCE

## CONGRESS TO ENFORCE THE RIGHTS OF POLAND.

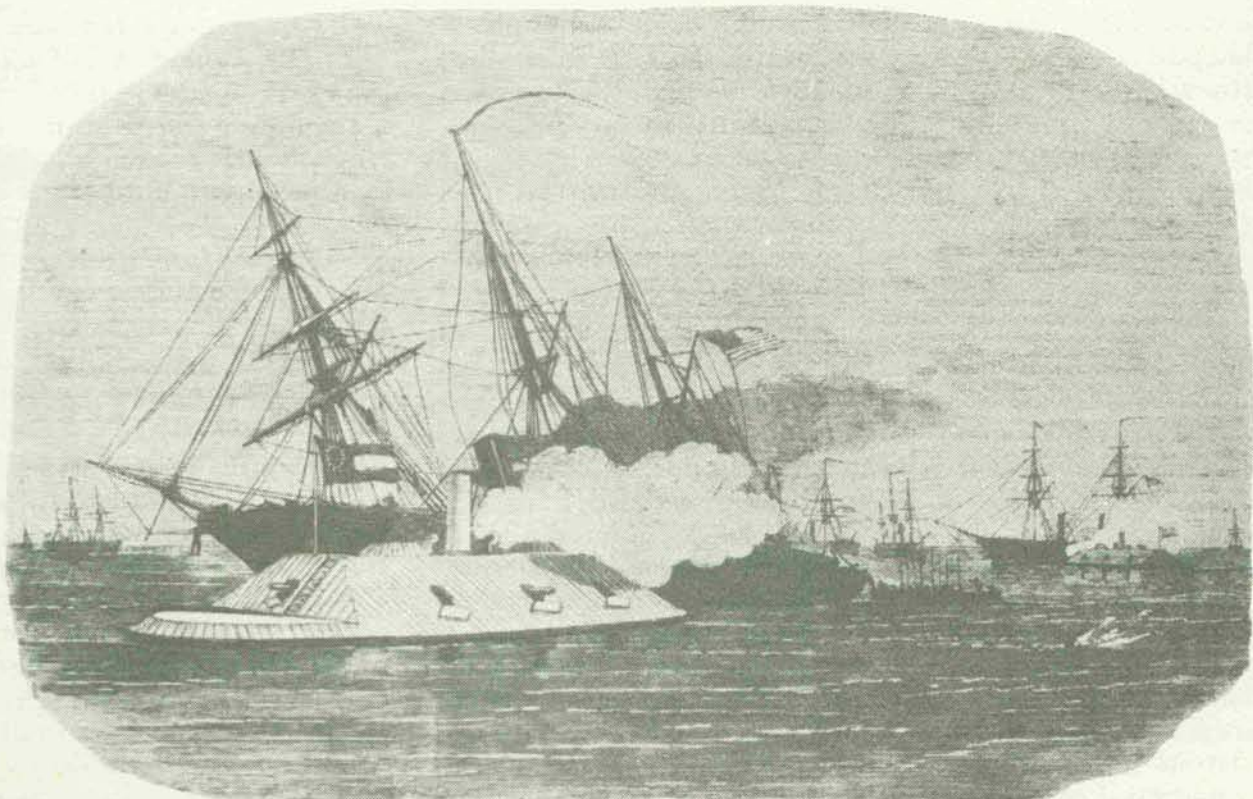
A FEW hours before Parliament adjourned for the Easter holidays, Lord Palmerston, in reply to an inquiry put to him by Mr. Houssey, announced in somewhat general terms that England and France had agreed upon a course of diplomatic action in reference to the affairs of Poland, and that he believed the papers which he hoped to lay before both Houses soon after Easter would satisfy the country as to the steps which the Government had taken on behalf of that unhappy nation. We suppose there can be but little room to doubt the authenticity of the information given to the British public in the *Times* of the same date, to the effect that, "such as members of the community of nations, the civilisation of which has been outraged by the tyranny of the Russian Government, and as parties to the Treaty of Vienna, the chief States of Europe have felt themselves compelled to consider their relations with Poland, and to take counsel as to the best means of removing a great scandal and a danger to the peace of the world." The noble Premier, it is true, did not, in words, corroborate this announcement, but neither did he deny its veracity; so that, piecing together the authoritative language

of the *Times* on Friday morning and the more reticent phrases of Lord Palmerston on Friday night, we are tolerably safe in concluding that England and France are unitedly seeking a congress of those European Powers whose representatives signed the Treaty of 1815, to which Russia will be invited that she may at once explain her own case, and accept or reject the decision of Europe.

We can well understand why the leading Governments of Europe should entertain objections to the assembling of a general congress, and should discourage a resort to the moral coercion which this kind of international machinery may bring to bear upon States supposed to be chargeable with the offence of misruling their own subjects. Each is desirous, as a matter of course, of preserving intact its own sovereign rights, and is therefore cautious of trespassing upon those of others. But the relations of Russia and Poland are so peculiar, the title of the other Powers of Europe to deal with them is a matter of such express treaty stipulation, and the peace of the world would be so endangered by a continued refusal to act upon that title, that general objections are overcome by the pressure of the particular case, and it has become safer to employ an irresistible diplomatic action for the protection of the Poles than to be governed in this instance, by the modern and

generally-accepted principle of non-intervention. The truth is, that Poland has never yet surrendered her rightful claim to be considered an independent nation. The partition of the old kingdom of Poland in 1772 by Russia, Austria, and Prussia was a crime which the conscience of Europe has never condoned; and the earliest provisions of the Treaty of Vienna in 1815 prove that all the parties to that great international instrument, Russia included, formally recognised the right of the Poles, under whatever sovereignty, to retain inviolate the nationality of their kingdom.

We accept Lord Palmerston's interpretation of the treaty as the true one. It is a public engagement in which the several subscribing Powers pledge themselves to each other in relation to the distribution amongst them of political authority, an engagement, which gives a European sanction to all the stipulations it contains, which entitles each Power to use the whole force at its command, should it be so advised, to enforce upon any of the other Powers an observance of its provisions, but which does not bind any of them to draw upon its own resources, or to risk its own well-being in the attempt to give effect to the common agreement. We are under no treaty obligation to preserve to Poland the rights which that instrument solemnly recognised as hers; we are not even morally bound to go to war in her



THE WAR IN AMERICA. ATTACK ON THE BLOCKADING SQUADRON OFF CHARLESTON BY IRON-CLAD GUN-BOATS.—FROM A SKETCH BY OUR SPECIAL ARTIST.—SEE PAGE 372.

La primera página del "The Illustrated London News" (abril, 4, de 1863), con un grabado sobre un combate naval entre un monitor —barco blindado de pequeño calado— de los confederados contra un barco de vela de los unionistas en las cercanías del puerto de Charleston.



El Presidente William McKinley que dirigía los destinos del país durante la guerra contra España en 1898 —murió asesinado por un anarquista—, posa junto al vicepresidente Theodore Roosevelt (a la derecha), quien le sucedió en el puesto. Roosevelt impulsó el rearme del ejército norteamericano.

barco de vapor (1835), su gran movilidad pudo llevar al capitán Matthew C. Perry a realizar una proeza que tuvo enormes consecuencias históricas: abrir el Japón al comercio con los Estados Unidos (1854), impulsando así la ulterior potencia económica y militar de dicho país asiático, hasta entonces cerrado a la civilización occidental.

El arte de la guerra iba **mejorando** su capacidad de agresión con nuevos inventos de procedencia francesa y norteamericana. Henri J. Paixhans y Delvigné concibieron respectivamente la granada incendiaria, eficazísima contra los barcos de madera, y la bala alargada y ojival del rifle que sustituía a la redonda, perfeccionada por otro oficial francés, Minié. Por su parte, el ingeniero militar graduado de West Point, Robert P. Parrot y

otro graduado de la misma escuela militar, T. J. Roshman, idearon los fusiles y cañones que se utilizaron pródigamente en la guerra civil. En 1840 Morse inventó el telégrafo magnético, basado en un diseño de Joseph Henri, cuya utilidad en la guerra con México resultó decisiva.

En 1835 la población de los Estados Unidos había aumentado a unos 17 millones. Su ejército regular sumaba 7.198 hombres distribuidos en 116 compañías de infantería, artillería y dragones (caballería). Ese pequeño ejército sostenía una lucha sin descanso contra los indios, especialmente contra los seminolas de la Florida. En 1836 se declaró como país independiente la remota provincia mexicana de Texas, donde el entonces dictador, general Santa Anna, había pasado a cuchillo a las guarni-

ciones norteamericanas de El Alamo y Goliad. Un colono, Samuel Houston y las milicias a su mando derrotaron a las tropas mexicanas en la batalla de San Jacinto. En 1845 Texas pasó a ser el Estado más extenso de la Unión Americana. Así comenzó el despojo de los territorios inmensos que México había heredado de España al conquistar su independencia.

Ese mismo año apareció en el número de julio-agosto del **United States Magazine and Democratic Review** un artículo sin firma en el que se proclamaba «el destino manifiesto para extenderse por el continente otorgado por la Divina Providencia para el libre desarrollo de millones de norteamericanos en creciente aumento de población...». Su referencia inmediata era hacia los extensos y casi despo-

blados territorios de soberanía mexicana, más de un tercio de lo que son hoy los Estados Unidos. Un año después estalló la guerra contra México y el **destino manifiesto** quedó colgando como espada de Damocles sobre todas las naciones del continente americano. Sin embargo, una vez redondeado su territorio continental de costa a costa, los Estados Unidos no precisaron recurrir a las anexiones, sino a la explotación de los recursos naturales garantizada en varias ocasiones por ocupaciones y desembarcos militares de escaso volumen dada la extrema debilidad de sus posibles oponentes.

## GUERRA Y DESPOJO A MEXICO

La anexión de Texas, el recuerdo de las matanzas de El Alamo y Goliad más el ataque de un destacamento mexicano contra un puesto avanzado del

general Zachary Taylor cerca del río Grande, impulsaron al Presidente James K. Polk a declarar la guerra a México. Aunque los mexicanos dieron muestras de un valor casi suicida —como en el caso de los cadetes o Niños Héroes que defendieron el castillo de Chapultepec—, no pudieron oponer una seria oposición material a la invasión norteamericana. Los combates comenzaron en 1846 y terminaron con la ocupación de la ciudad de México por las tropas yanquis un año después.

El número de voluntarios reclutados para combatir contra los mexicanos no pasó de 100.000. (En la guerra de 1812 contra Inglaterra sumaron más de medio millón). Dos generales de cuchara se distinguieron al frente de las tropas norteamericanas: Winfield Scott y Zachary Taylor. Allí se foguearon los oficiales salidos de West Point que después iban a mandar los ejércitos del sur y del norte en la guerra

civil: Robert E. Lee, Ulises S. Grant, William T. Sherman, Pierre G. T. Beauregard, etc. Los combates tuvieron un carácter más profesional que en las anteriores guerras, mejorando el planteamiento de las batallas, el avituallamiento, el uso de telégrafo, los transportes, etc. Los Estados Unidos demostraron que eran ya una nación plenamente formada a la altura de cualquier país europeo occidental.

Por el Tratado de Guadalupe-Hidalgo (1847) México renunció a Texas, California, Arizona, Nuevo México, Utah y Nevada, cuya extensión conjunta es superior al actual territorio mexicano. El Estado del país vencido recibió como compensación 15 millones de dólares. Para desdicha de México, el general Antonio López de Santa Anna volvió a encaramarse al poder —se hizo llamar oficialmente «Su Alteza Serenísima»— y en 1853 vendió a los Estados Unidos el territorio de La Mesilla, que



El Presidente Woodrow Wilson con el general John J. Persing, jefe de las tropas norteamericanas en la Primera Guerra Mundial, durante un desfile militar en París en 1919.

hoy forma parte de Nuevo México.

Resulta curioso comparar dos hechos históricos muy semejantes: los mexicanos no pudieron impedir la rápida invasión norteamericana que tan cara les costó, pero quince años después fueron capaces de expulsar y hasta de derrotar en los campos de batalla al mucho más aguerrido ejército francés de Napoleón III. Los españoles combatieron en condiciones de gran inferioridad contra la invasión del primer Napoleón y con la eficaz ayuda inglesa también lograron expulsarlo y ganarle batallas a sus generales en los campos de batalla, pero apenas si ofrecieron resistencia a la invasión de los propios franceses (los 100.000 Hijos de San Luis) pocos años después, cuando acudieron a restaurar el absolutismo de Fernando VII. Inconsecuencias históricas de dos pueblos más mercuriales que reflexivos.

## NUEVA EXPANSION Y GUERRA CIVIL

Al terminar la guerra con México el ejército de voluntarios

norteamericanos se desbandó, quedando reducido a 10.000 soldados. Mientras Europa se desangraba inútilmente en la guerra de Crimea (1854), los Estados Unidos sabían sacar gran provecho de sus nuevos territorios. La industria se desarrollaba a gran ritmo, así como sus líneas ferroviarias, sus barcos de vapor, combatiendo las constantes rebeliones indias, para lo cual se crearon dos nuevos regimientos de caballería. Tal fue la única actividad militar hasta el comienzo de la más mortífera de sus guerras trece años después del despojo a México: la que sostuvieron los Estados agrícolas, esclavistas y secesionistas del sur (10) contra el norte industrializado, abolicionista y unionista. Al salir elegido por mayoría de votos (11) el candidato abolicionista Abraham Lincoln como Presidente de la nación se desbordaron las pasiones.

Los dos primeros años de guerra (1861 a 1865) fueron favo-

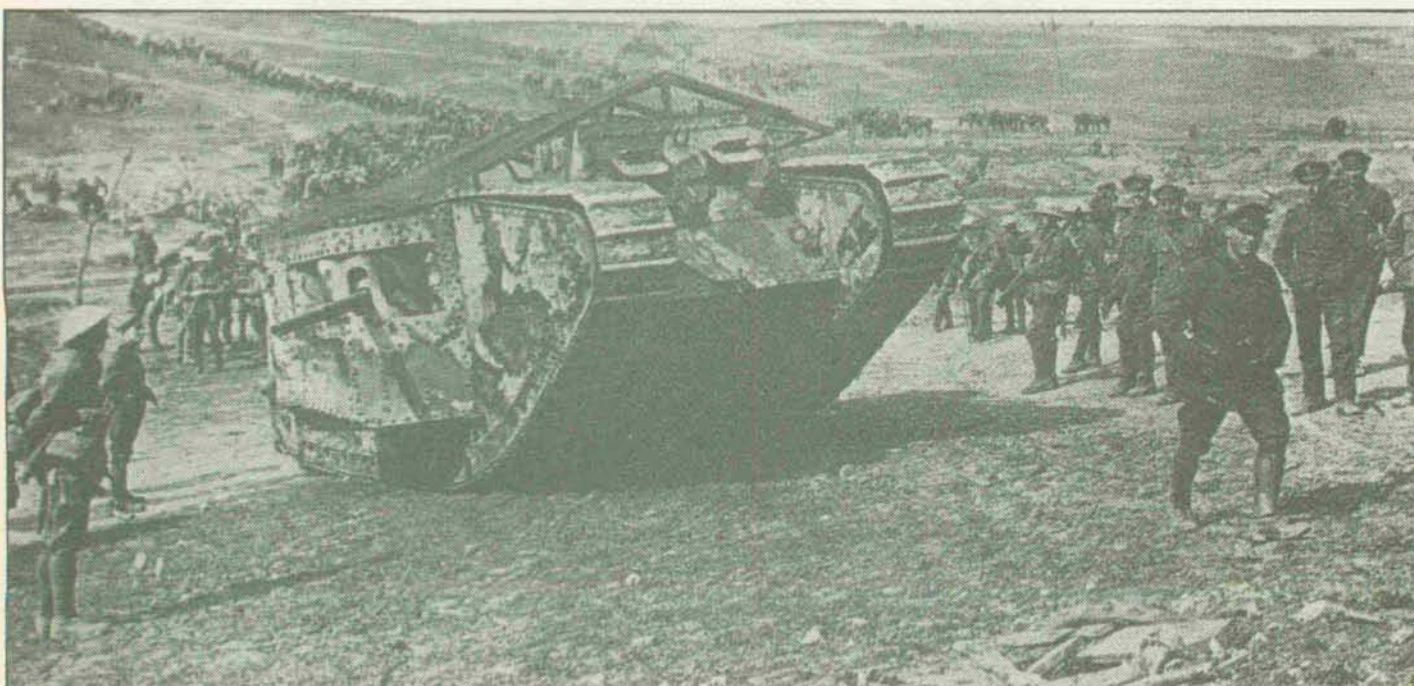
(10) Carolina del Norte y del Sur, Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana, Texas, Virginia, Arkansas y Tennessee.

(11) El Norte contaba con 22 millones de habitantes y el Sur con 9 millones.

rables al sur, pero a partir de la batalla de Gettysburg (julio de 1863), en que el general Lee, jefe supremo del ejército del sur, perdió 20.000 hombres (12), las victorias del ejército unionista bajo el mando supremo del general Grant se fueron sucediendo hasta la rendición total del general Lee a Grant en Appomattox (9 de abril de 1865). Murieron en total 650.000 norteamericanos (en la Segunda Guerra Mundial murieron 400.000), lo cual da idea de lo cruento de sus batallas. Se calcula que caían del 40 al 50 por 100 de las unidades que entraban en combate.

La guerra civil fue la primera de carácter moderno y esen-

(12) Abraham Lincoln es con Jorge Washington la más venerada figura política de la historia americana. Lincoln nació en Kentucky (1809) y se formó en Illinois. Su famoso discurso en el cementerio de Gettysburg después de la cruenta batalla, lo recitan los norteamericanos casi como una oración. Para John Hay fue su consagración definitiva ante la posteridad. Lincoln dijo entonces: «Lo que aquí yacen, no murieron en vano porque el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo jamás podrá desaparecer de la faz de la Tierra». Como otros renovadores de la sociedad norteamericana, Lincoln murió asesinado por el fanatismo fosilizante (1865).

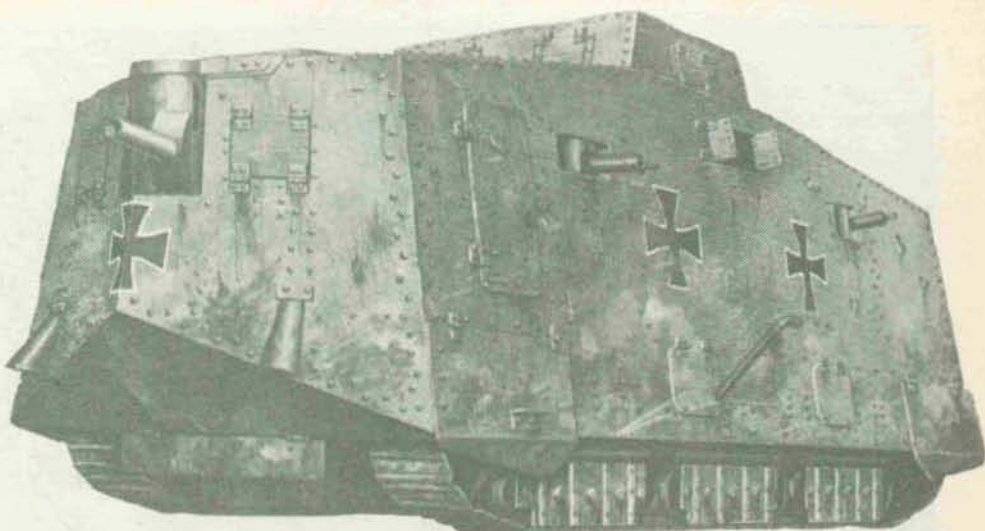


El primer tanque que se utilizó en la Primera Guerra Mundial, el 15 de septiembre de 1916, por las tropas aliadas.

cialmente técnica en que participó el pueblo norteamericano. En el ejército del Sur se alistaron 900.000 hombres y en el del Norte 1.500.000. Por primera vez se recurrió —siquiera parcialmente— a la conscripción; se usaron aerostatos de observación, barcos de vapor, ferrocarriles, telégrafo magnético, fotografías, el revólver Colt, la carabina Hall, los rifles Sharp y Winchester, varios sistemas de ametralladoras, artillería móvil de campaña, cañón de retrocarga, torpedos, minas explosivas y hasta un rudimentario submarino. Se recurrió también a las trincheras, parapetos, sanidad militar y a la anestesia.

Ni al final de la guerra ni durante su desarrollo se ejecutaron oficiales de uno y otro bando. Sólo se ahorcó al capitán Henry Wirz, un oficial del Sur, por las crueldades cometidas con los prisioneros en la prisión de Andersonville. La política de Lincoln fue de gran benignidad con los vencidos. Al ser asesinado por un fanático, el sucesor de Lincoln, Andrew Johnson, extremó su indulgencia con los antiguos propietarios del Sur hasta provocar su reinstalación como caciques racistas. Aunque los negros ya no eran esclavos fueron excluidos de la nueva sociedad preconizada por Lincoln. La reivindicación de sus descendientes negros es hoy completa, sobre el papel, pero hay regiones y grupos que siguen discriminándolos todavía.

El ejército del Norte, triunfador de la guerra civil, después de desfilarse por la Avenida de Pennsylvania en la ciudad de Washington, fue disuelto. Los barcos de guerra se vendieron, los cañones se arrinconaron, los jefes y oficiales quedaron desmovilizados. Hasta el punto de que la arbitraria ac-



El tanque de fabricación alemana Sturmpanzerwagen A7V, empleado en 1918 en la Primera Guerra Mundial.

titud de las autoridades españolas en Cuba al capturar el barco mercante norteamericano **Virginia**, que llevaba armas y víveres a los insurrectos cubanos, ordenando fusilar a la tripulación y a sus pasajeros en Santiago de Cuba, no provocó medida alguna de represalia (1873) por carecer de los necesarios elementos bélicos ante un posible enfrentamiento.

### LA ESPLÉNDIDA PEQUEÑA GUERRA

Así calificó John Hay, escritor y Secretario de Estado con los Presidentes McKinley y Theodore Roosevelt, la que sostuvieron los Estados Unidos con España en 1898, cuya paz se firmó a los tres meses de comenzada. En Europa, los conflictos armados eran continuos y el desarrollo de la industria bélica adquirió proporciones gigantescas. Krupp desde Alemania, Creusot desde Francia, Armstrong y Whitworth desde Inglaterra surtían a los ejércitos de todo el mundo con las últimas novedades: el fusil de aguja prusiano, la ametralladora francesa de tambor, la granada Shrapnell en su nueva forma (13) y la artillería ligera de campaña, tan fácil de cargar

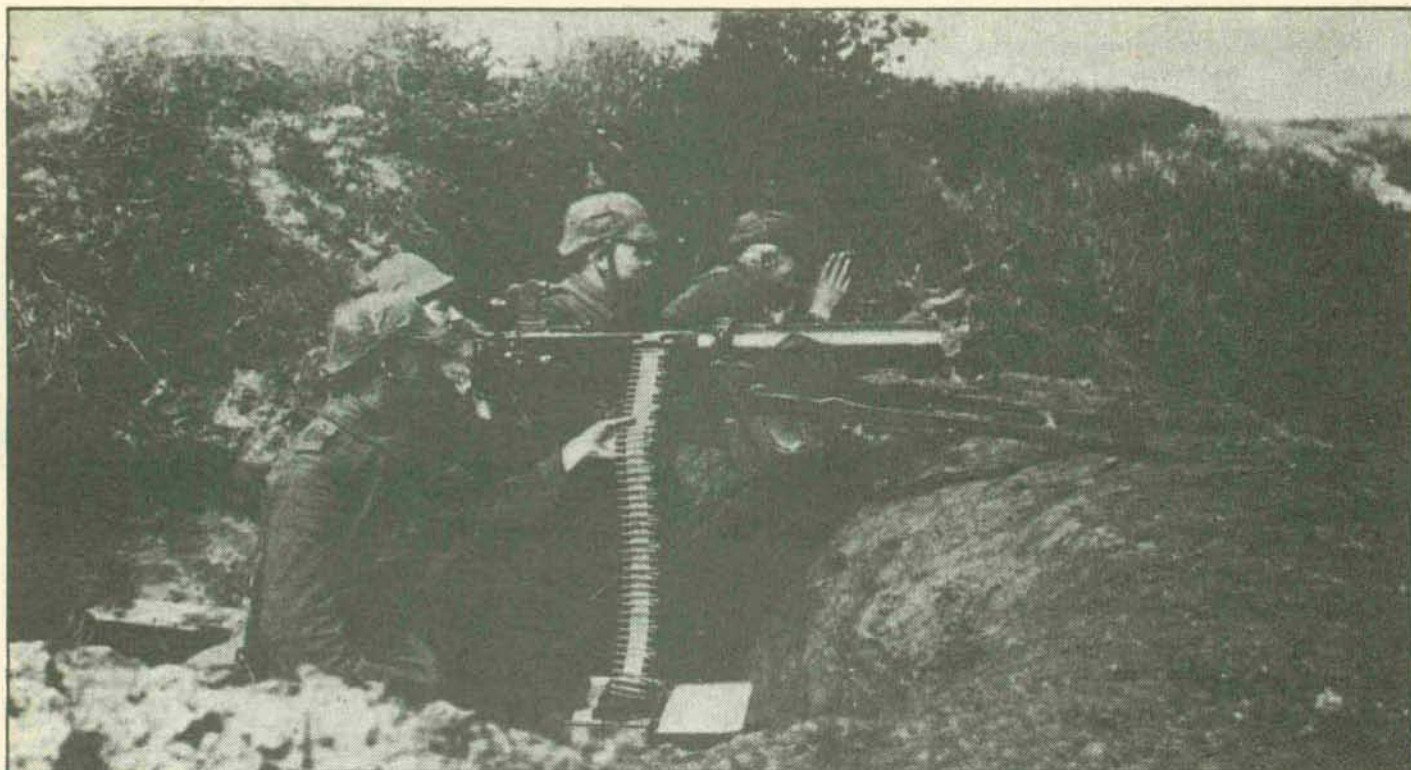
como un rifle. La guerra se hizo más científica: Prusia, bajo el gobierno de Bismarck, creó el sistema de los Estados Mayores, que imitaron los demás países.

Los alemanes derrotaron en seis años a tres naciones vecinas, arrancándoles grandes porciones territoriales: Dinamarca en 1864, Austria en 1866 y Francia en 1870.

Los Estados Unidos seguían al margen del proceso demoleedor de las guerras como instrumento de la política nacional, según la famosa definición de Clausewitz. De todos modos tuvieron que adoptar también nuevos modelos de armas mortíferas y en 1872 construyeron el primer barco con un completo sistema eléctrico: el **Trenton**. En 1875, un ingeniero naval, J. W. King y un artillero, Emory Upton, fueron enviados a Europa para recoger todos los datos posibles sobre innovaciones militares. Upton es autor del primer estudio importante sobre la política militar de los Estados Unidos: **Military Policy of the U.S.A. from 1775,**

(13) Su inventor en 1784 fue el teniente artillero inglés Henry Shrapnell. No se usó con plena eficacia hasta la guerra franco-prusiana de 1870. Es un arma devastadora porque estalla en el aire desparrramando la metralla en un amplio radio de acción.





Ametralladora pesada alemana (1914), tipo Maxim de 7,92 mm. calibre.

que no se publicó hasta 1904 porque Upton se suicidó en 1881. Causó enorme impresión en el alto mando americano: Upton, admirador de la técnica prusiana, sostenía que los Estados Unidos habían carecido siempre de una política militar y que sus conflictos armados, aunque se remataron siempre con victorias, costaron una cantidad desorbitada de vidas y de dinero por la incapacidad de los jefes. También King publicó otro libro titulado **The Navies of the World**, analizando los distintos conceptos náuticos de las grandes potencias. Estas dos obras empezaron a convencer a las autoridades militares norteamericanas de que el arte de la guerra tenía que dejar de ser una improvisación. En 1877 se sucedieron en las más importantes ciudades una serie de huelgas y manifestaciones proletarias que pusieron en entredicho la estabilidad económica del país. El espíritu revolucionario que conmovía a buena parte de Europa había sido importado

por algunos de los muchos inmigrantes que llegaban cada día a sus costas. El gran capital se sintió atemorizado por primera vez y el gobierno decidió recurrir al ejército para reprimir huelguistas y manifestantes. Hubo incluso un desembarco de infantería de marina en Filadelfia. El efecto sobre la opinión nacional fue desastroso: los Estados Unidos se iban a parecer demasiado al viejo continente con sus emperadores, reyes y espadaones gobernando a los pueblos.

En 1879 se reunieron en Nueva York delegados de los industriales en todos los Estados con el propósito de fundar una **Guardia Nacional** compuesta por voluntarios remunerados cuya misión sería servir como reserva militar e intervenir en la preservación del orden público cuando la policía resultase insuficiente. Su origen era la antigua milicia de la época colonial, pero en este caso fue sostenida con las aportaciones de los acaudalados fabricantes y comer-

ciantes que no querían ver repetirse los alborotos y motines callejeros de 1877. Después de la guerra contra España se demostró su ineficacia como reserva de combatientes y el Estado federal la adoptó oficialmente (1903), poniéndola en tiempo de paz a las órdenes de cada gobernador. Así continúa funcionando en la actualidad, con 450.000 hombres en los 50 Estados, Puerto Rico, las tres Islas Vírgenes y el Distrito de Columbia (Washington).

En 1890 apareció otro libro importante: **The Influence of Sea Power on History. 1660-1783**, por Alfred Thayer Mahan, que fuera Presidente del **War College** creado en 1884, y poco después apareció **The Naval War of 1812**, firmado por un joven que iba a ser pronto subsecretario de Guerra, jefe militar en Cuba y Puerto Rico contra España, vicepresidente de la Unión y Presidente, al ser asesinado en 1901 el Presidente McKinley: su nombre era Theodore Roosevelt, el más vehemente de

los gobernantes norteamericanos desde Andrew Jackson (1828-36). Pese al impulso que estos libros trataban de dar a la potencia militar del país, la política internacional seguía siendo esencialmente pasiva y antimilitarista.

La insurrección cubana contra las ineptas autoridades españolas contaba con la total simpatía del pueblo y del gobierno norteamericanos, pero el Presidente William Mackinley era pacifista y consciente de la escasa capacidad bélica del ejército y la armada que sólo contaba en la víspera de la guerra contra España con seis acorazados, dos de ellos sumamente anticuados. Ruyard Kipling, máximo cantor del imperialismo inglés, escribió en sus «American Notes» (1891) lo siguiente: «Esta enorme República que no teme a nada ni a nadie porque hasta ahora nadie la ha querido asustar, es tan frágil como una medusa... No tiene una escuadra y ni siquiera media docena de fuertes bien equipados que la protejan...».

El 15 de febrero de 1898 se produjo una gran explosión en el acorazado **Maine**, anclado en la bahía de La Habana. Murieron 250 hombres y el buque quedó inservible. El gobierno y los periódicos españoles calificaron el hecho de provocación norteamericana. El Presidente MacKinley replicó, cuando no se le dieron las explicaciones que él exigía, reconociendo inmediatamente la independencia de Cuba. El gobierno de Madrid, en abril de aquel año, declaró la guerra a los Estados Unidos por dicho reconocimiento. Los Estados Unidos iban a enfrentarse a una vieja y prestigiosa potencia que había conquistado la mayor parte del continente americano desde el Fuerte Vázquez, más arriba de St. Louis Missouri, a la Pata-

gonia. Todavía conservaba España en América dos grandes islas, Cuba y Puerto Rico; en Asia, las Islas Filipinas, las Marianas, las Carolinas y hasta hacía poco tiempo las Marshall y Gilbert, que había tenido que ceder a Alemania ya que la autoridad española en tan lejanos territorios era prácticamente inexistente.

Todo esto parecía impresionante si además se le agrega que el ejército español, pese a su rezago frente a las grandes potencias europeas, había sido el primero en derrotar en campo abierto al invencible ejército de Napoleón en Bailén (1808). Por limitado que pudiera ser entonces el servicio de inteligencia norteamericano tenía que saber esto: la escuadra española era la más anticuada e ineficaz de la Europa occidental; sus ejércitos eran insuficientes para defender sus colonias y territorios; pese a haber desembarcado 100.000 soldados en Cuba, no podían sofocar la rebelión de

los mambises. España tenía que ser, por consiguiente, un enemigo fácil aunque las fuerzas norteamericanas hubieran de improvisarse como sucedió contra México. La Guardia Nacional contaba con 114.000 reservistas de muy dudosa capacidad y el ejército regular, con 30.000 soldados. Se llamó a filas a 125.000 voluntarios, pero se inscribieron 225.000, de los cuales sólo unos cuantos miles entraron en acción; la mayoría ni siquiera salió del territorio estadounidense.

La armada tuvo que artillar algunos barcos de recreo del New York Yacht Club y sacó de las radas donde se enmohecían los monitores que habían hecho su aparición en la guerra civil. Las batallas navales de Cavite y Santiago de Cuba fueron ganadas, sin apenas pérdidas humanas ni materiales, con cinco acorazados y dos cruceros. Teddy Roosevelt, al frente de los **Rough Riders**, se convirtió en el más



Soldados alemanes cargando bombas en un Gotha GV. Podía arrojar un máximo de 1.000 libras de metralla durante la Primera Guerra Mundial.

pintoresco héroe de la guerra en Puerto Rico y Cuba. En julio del mismo año España pidió la paz y por el Tratado de París cedió a los Estados Unidos, Puerto Rico, las Filipinas y la isla de Guam. Cuba fue ocupada y desinfectada de la terrible fiebre amarilla que había hecho estragos entre los soldados españoles; a los dos años, los norteamericanos dejaron a los cubanos gobernarse por sí solos, reteniendo para sí, como base naval, la bahía de Guantánamo que todavía conservan. Como compensación por las anexiones —botín de guerra— recibió el Estado español 20.000.000 de dólares y se apresuró a vender a Alemania por otros 25.000.000 de pesetas las islas Marianas, las Carolinas y Palaos, en el lejano Océano Pacífico.

#### IMPERIALISMO, EXPANSION Y GUERRA MUNDIAL

Con la Presidencia de Theodore Roosevelt se inauguró la

magna era imperialista que llevó los intereses norteamericanos no sólo a todo el continente americano, al que trató como cosa propia, sino a Europa y Asia, especialmente China. Teddy Roosevelt no era militarista, pero sí partidario del reforzamiento de la escuadra que seguía siendo relativamente insignificante. En corto plazo llegó a situarse detrás de Gran Bretaña (32 acorazados), con 19 acorazados, hasta que la técnica naval dio un salto portentoso con la aparición del **Dreadnought** (14), al que siguió el **Invencible** en la escuadra británica. Los cañones eran de gran calibre (10 de 12 pulgadas) y capaz de navegar a 21 y 28 nudos por hora. Sus dobles planchas de acero los hacían casi invulnerables. El primer **dreadnought** norteamericano, el **Delaware**, de 20.000 toneladas, 21 nudos de velocidad y 12 cañones de 12 pulgadas, fue botado en 1906. En la víspera

(14) **Dreadnought** significa «el que nada teme». Se dio este nombre por antonomasia a todos los acorazados.

de la Guerra Mundial de 1914, Inglaterra sumaba 34 acorazados, Alemania 21, Estados Unidos 8, Japón y Francia 4 cada uno. Sin embargo, el arma más temible iba a ser el submarino, con sus torpedos dirigidos hacia el blanco con fuerza magnética.

El resultado sorprendente de la guerra ruso-japonesa, con el aplastante triunfo nipón (1905) despertó en los Estados Unidos el recelo contra el **peligro amarillo**. Otro problema fue la penetración que la armada germana intentara con sus constantes visitas a los puertos de la América Latina. Los Estados europeos habían llegado a una verdadera hipertrofia armamentista completada con peligrosas alianzas militares: Entente Cordiale (Francia, Inglaterra y Rusia) frente a la Triple Alianza (Alemania, Austria e Italia). Sólo faltaba la chispa que se produjo con el asesinato en Sarajevo el 2 de agosto de 1914 del príncipe heredero de Austria-Hungría.

Cuando comenzó la gran conflagración europea, el Presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, profesor universitario de Ciencia Política, hizo una declaración formal de neutralidad: «Debemos ser imparciales en pensamiento y en acción». Mientras la juventud del resto del mundo se desangraba en los campos de Francia —Inglaterra recurrió a la conscripción trayendo soldados de sus principales colonias desde Asia, Africa y Oceanía—, el pequeño ejército norteamericano y su regular marina de guerra realizó algunos actos bélicos con los que inició sus intervenciones y ocupaciones en la América Latina. En 1914 sus infantes de marina desembarcaron en Veracruz, durante la revolución, para «proteger los intereses y a los



Avión francés de combate Morane-Saulnier (1915), con capa protectora de la hélice.



El célebre aviador germano de la Primera Guerra Mundial, capitán Manfred von Richthofen, en el centro, a quien se le acreditaron 80 aviones enemigos derribados. Su avión era un Albatros pintado de rojo. El también acabó por ser derribado.

ciudadanos de los Estados Unidos», manteniendo sangrientas escaramuzas con tropas mexicanas. En 1916, el guerrillero Pancho Villa entró con sus huestes en territorio norteamericano, matando y saqueando en el pueblo de Columbus (Nuevo México) lo que **encontró a su paso**. El gobierno de los Estados Unidos

decidió enviar lo que se llamó una **expedición punitiva** con 5.000 soldados bajo el mando del general John J. Pershing —después jefe supremo del ejército americano en Francia— en persecución de Pancho Villa y sus Dorados. La operación fue un fracaso completo, pero sirvió de entrenamiento a jefes y oficiales —en-

tre ellos a George C. Patton, ayudante de Pershing— para ulteriores ejercicios tácticos. La guerra europea había adquirido un carácter estacionario —los soldados pasaban la mayor parte del día en trincheras, refugios y túneles, con barro hasta las rodillas—, pero las tropas germanas se mantuvieron todo el tiempo



El general Guderian, iniciador de la guerra mecanizada durante la Segunda Guerra Mundial. El general norteamericano Patton fue un fiel continuador de la estrategia del teutón.

en territorio francés, llevando casi siempre la iniciativa. Los rusos sufrieron enormes derrotas desde el comienzo mismo de la guerra y cuando los bolcheviques tomaron el poder, firmaron una paz leonina con el Alto Mando teutón, que se vio así desembarazado de un extenso frente (diciembre de 1917). Los austriacos aplastaron a los italianos en Caporetto ese mismo año, que fue el de la entrada en la guerra de los Estados Unidos. Al año y medio de su intervención con su importante aportación material y humana —desembarcaron en Francia 2.000.000 de soldados norteamericanos— los alemanes

pidieron la paz (noviembre de 1918).

El Presidente Wilson era opuesto a la entrada de los Estados Unidos en el conflicto. En enero de 1917 había intentado negociar la paz sin vencedores ni vencidos para frenar la apocalíptica carnicería de los cañones de largo alcance, de los tanques —arma que hizo su debut—, las ametralladoras, las minas explosivas, los aviones, los lanzallamas, los gases asfixiantes, etc. En su discurso al Senado dijo, entre otras cosas: «La moderación de los armamentos debiera hacer de los ejércitos y armadas un poder al servicio del

orden, no un instrumento de agresión». Su intento pacifista, que cayó en el vacío, se anticipó sólo tres meses a la declaración de guerra de los Estados Unidos a la Alemania imperial (abril de 1917) y ocho al imperio Austro-Húngaro (diciembre de 1917). En su discurso al Congreso Wilson pronunció estas palabras: «Es temible lanzar a este gran y pacífico pueblo en la más atroz y desastrosa de las guerras que ha puesto la civilización al borde del desastre». Fue la indiscriminada guerra submarina lo que obligó a Wilson a entrar en el conflicto. El orgullo teutón salvó así a los aliados de la derrota. El secretario particular, Joseph Timothy, cuenta en sus memorias que al regresar a la Casa Blanca comentó Wilson: «¡Qué extraña experiencia oírse aplaudir un mensaje de muerte para nuestra juventud!».

En enero de 1918 propuso Wilson a los aliados y enemigos una paz digna para los vencidos en 14 puntos, con la creación de la **League of Nations**, que ofreciera garantías mutuas de independencia a todos los Estados, grandes y pequeños. El punto 14 fue la base de la posterior Sociedad de Naciones, con sede en Ginebra, y de la actual O.N.U., con sede en Nueva York. El Senado de los Estados Unidos, terco en la tradicional política aislacionista e inconsciente del inmenso poder económico de su propio país que le impedía desinteresarse de los conflictos internacionales, se negó a ratificar el ingreso de Norteamérica en la Sociedad de Naciones, manteniéndose fuera de ella hasta que renació en San Francisco con nueva nomenclatura: **Organización de Naciones Unidas** (1945).

En 1920, el Congreso aprobó una disposición legal, **Defense**

Act, autorizando un ejército voluntario no mayor de 288.000 hombres, que en 1927 se redujo a 119.000. Los Estados Unidos volvían a convertirse en un gigante expuesto a la oportuna pedrada en la frente de cualquier pastorcillo. La escuadra era la única arma digna de una potencia, sólo superada por la británica, aunque la japonesa le iba a la zaga. La aviación había jugado un papel secundario en la Guerra Mundial por la fragilidad del material con que se fabricaban entonces los aviones y su escaso radio de acción. En 1919 el general William (Billy) Mitchell, jefe de la aviación norteamericana en Francia, propuso al Estado Mayor la creación de un cuerpo de paracaidistas para ser lanzados detrás de las líneas enemigas en futuras guerras, idea que fue desechada por considerarla irrealizable. Los soviéticos se la apropiaron exhibiéndola en sus noticieros cinematográficos cuando hacían maniobras militares poco antes de la Segunda Guerra Mundial. Los nazis la aplicaron numerosas veces en sus operaciones, así como los aliados. Para el general Mitchell la aviación tenía que ser el arma decisiva en las guerras futuras hasta hacer innecesaria a la armada.

Sus afirmaciones, llenas de vehemencia y rara vez escuchadas por el alto mando, le enfrentaron con sus superiores, siendo sentenciado en 1925 a cinco años de suspensión del servicio activo. Mitchell se dio de baja en el ejército, cuya política consideraba errónea. Tal ha sido siempre el destino de cualquier concepción militarista en un país que nunca quiso serlo. El almirante Alfred T. Mahan se mostró partidario de un navalismo esencialmente agresivo y, como Mitchell, estimaba que la guerra no debía limi-

tarse a los frentes de batalla, sino contra poblaciones totales para hacerlas quizá más crueles, pero más cortas. Tal idea también fue rechazada por el alto mando y recogida por los nazis, que la pusieron en práctica por vez primera con el bombardeo de Guernica en el País Vasco. En la Segunda Guerra Mundial los bombardeos de poblaciones civiles se multiplicaron —Rotterdam, Londres, Coventry y después todas las ciudades alemanas— para culminar con la matanza y destrucción atómica de Hiroshima y Nagasaki.

## AISLACIONISMO Y SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

De 1930 a 1935 fue jefe del Estado Mayor Central el general Douglas Mac Arthur, un connotado **jalcón**, como llaman en los Estados Unidos a los belicistas. Fueron los años en que el fascismo italiano y el nazismo germano iniciaron la carrera armamentista y su agresividad oral, que pronto iba a materializarse. Los Estados Unidos eligieron en 1932 a Franklin D. Roosevelt, un **liberal** —como llaman en su país a los izquierdistas—



Portada del semanario alemán «Deutsche Illustrierte» (mayo 16, 1943) mostrando un soldado de infantería arrojando una granada de mano que los ingleses bautizaron con el nombre de «Potato Masher» (Puré de Patatas).

que tomó posesión el mismo mes que Adolf Hitler como canciller de Alemania (enero de 1933). El ejército francés pasaba por ser en aquellos años el más potente y mejor preparado de Europa, pero la política internacional de Francia e Inglaterra era totalmente pasiva, enemiga de cualquier gesto que pudiera poner en peligro el **statu quo** con que las había favorecido el Tratado de Versalles (1919) como potencias vencedoras. Los Estados Unidos seguían al margen de los conflictos europeos que ya se perfilaban por la actitud desafiante de las dos naciones fascistas y el rearme del ejército rojo, al que consideraban los políticos galos y anglosajones mayor amenaza que las **bravatas** de Mussolini y Hitler. El antimilitarismo tradicional de los Estados Unidos impedía a Roosevelt y a MacArthur reforzar su ejército y sus medios de combate, agravada la situación por la profunda crisis económica que había producido el **crack** bolsístico de 1929-30, elevando el número de obreros parados a 12 millones. Roosevelt demostró, sin embargo, una visión más aguda que los legisladores y la prensa de su país al darse cuenta de que el aislacionismo era poco menos que un suicidio político, aunque no pudiera manifestarlo abiertamente. En 1937 pronunció un discurso en Chicago, donde afirmó que la epidemia de ilegalidad política en el campo internacional —militarización de Renania, guerra de Abisinia, guerra de España— recomendaba que se pusiera en cuarentena no a los Estados Unidos, sino a los países **enfermos**. Dicho discurso tuvo muy **mala prensa** porque se consideró militarista. Ese mismo año Roosevelt tuvo que firmar la **Neutrality Act** en la guerra civil española, siguiendo el ejemplo de

Francia y Gran Bretaña, que habían creado el **Comité de No Intervención**. La realidad demostró que ambos actos, aparentemente pacifistas, favorecieron a los países agresores fascistas que iban ensanchando sus conquistas territoriales y sus esferas de influencia, enarbolando el fantasma del comunismo, casi con la complacencia de los países democráticos.

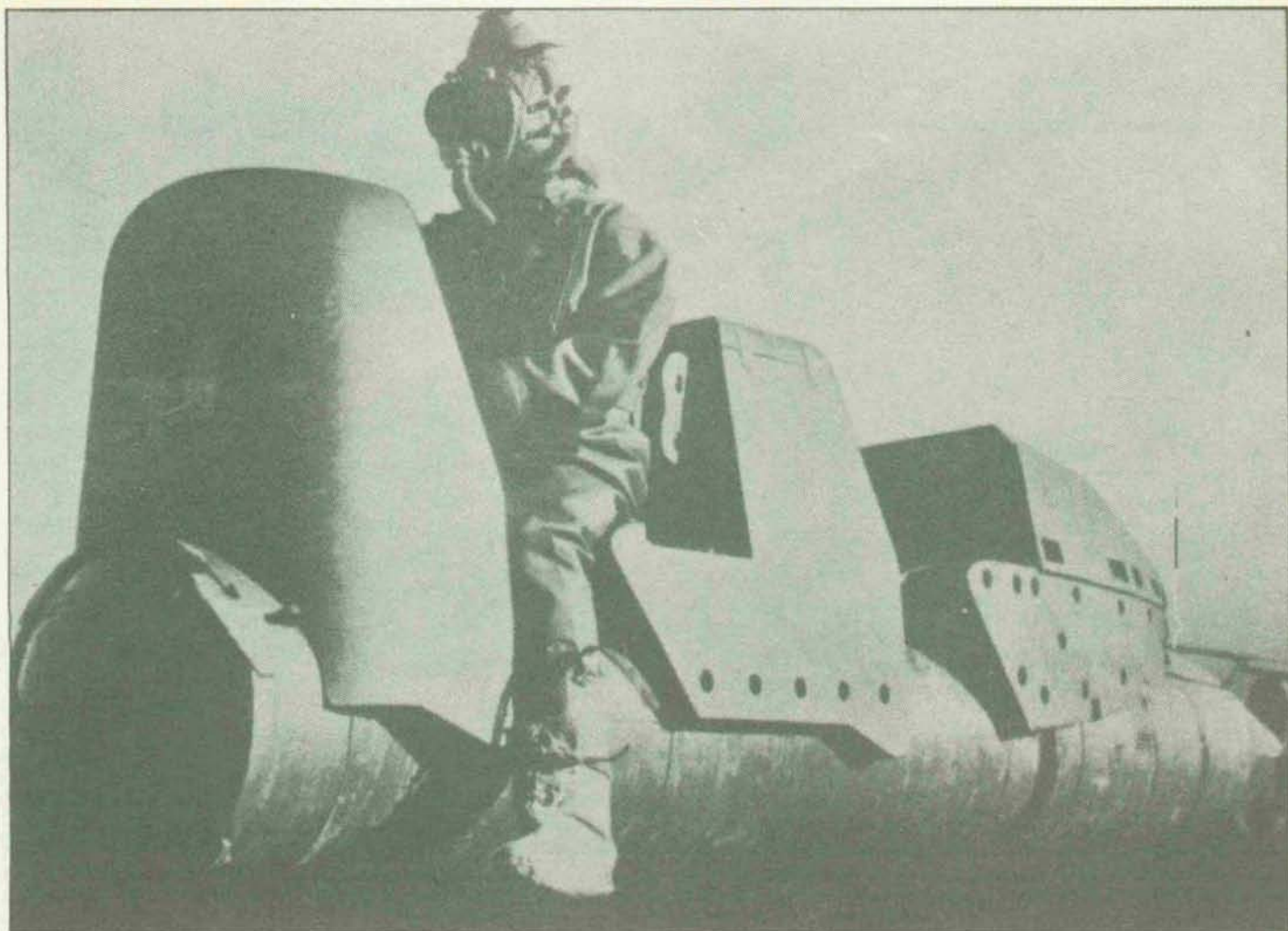
En 1938 volvió Roosevelt a hacer una advertencia en el mismo tono que la de Chicago, al decir: «En un mundo amenazado por el desorden y la arbitrariedad en que la propia civilización está en trance de perecer, cada país tiene la responsabilidad de luchar por la paz empezando por fortalecerse a sí mismo...». En el Extremo Oriente, el Japón había invadido China y amenazaba a Filipinas, colonia entonces norteamericana. Las últimas palabras del discurso de Roosevelt fueron éstas: «Nuestras defensas son inadecuadas». Sin embargo, las medidas que se tomaron de carácter militar fueron minúsculas: construir dos nuevos acorazados —los primeros desde 1921—, algunos cañones antiaéreos y otras unidades navales y de aviación en cuyo cuerpo se tenía el concepto de que los únicos aviones eficaces eran los de combate.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial (septiembre de 1939) determinó al Presidente Roosevelt a declarar en el país un Estado de Emergencia Limitado, cuyo alcance nunca llegó a concretarse. Después de las primeras y contundentes victorias militares del ejército alemán con la ocupación de toda Europa occidental —menos Inglaterra y España, cuyo gobierno le era adépto—, el Presidente Roosevelt se preparó a afrontar la ocupación o rendición

de la Gran Bretaña, que consideró **peligrosísima** amenaza, puesto que la guerra podía extender su campo de operaciones al Canadá, dominio inglés que combatía contra Alemania.

En mayo de 1940, Roosevelt se adelantó a la invasión germana de Francia (junio), consiguiendo que el Congreso le autorizara 500 millones de dólares para la defensa; la Guardia Nacional —270.000 reclutas— fue convocada como reserva activa, más un servicio selectivo de 500.000 hombres y una movilización de 630.000 soldados. Era un paso inicial, ya que el Estado Mayor tenía el propósito de vestir de uniforme a 4.000.000 de norteamericanos y construir 36.000 aviones en un año. Aunque tarde, la militarización estaba en marcha. La amenaza del Japón, cada día más evidente, quiso Roosevelt compensarla concentrando el grueso de la flota en Pearl Harbor (Hawai), a medio camino del posible encuentro entre ambas armadas. La medida resultó un gravísimo error, del que los Estados Unidos tardaron más de dos años en reponerse. La falta de una política militar y el atraso con que se adoptaban los más modernos medios de combate —entre ellos el radar— fue determinante de las derrotas que los japoneses les infligieron hasta que la potente economía norteamericana y la gigantesca movilización que puso en pie de guerra más de trece millones de soldados, cambiaron a los tres años la faz de la guerra en el Pacífico.

Roosevelt se puso como misión respaldar por todos los medios a Inglaterra cuando ésta combatía sola en Europa contra la poderosa maquinaria de guerra nazi. Sin embargo, en el interior del país, el aislacionismo seguía prevale-



Torpedo humano SSB para dos tripulantes de fabricación inglesa utilizado en la Segunda Guerra Mundial.

ciendo en los medios políticos y populares. En su campaña de reelección, Roosevelt tuvo que acogerse a la consigna: «Ni un soldado americano en Europa, Inglaterra no necesita soldados sino armas» (1940). El taimado pero eficaz bombardeo de Pearl Harbor (diciembre de 1941) le dio la pauta para rearmar al país, alineándose junto a Gran Bretaña y la Unión Soviética, invadida por Alemania en junio de 1941.

La Segunda Guerra Mundial volvió a demostrar que el concepto tradicional bélico de ocupación de territorio enemigo seguía vigente. La aviación jugó un papel demoledor por ambos bandos, pero no determinante como creían el general Mitchell y Goering, jefe de la Luftwasse. La prueba fue que Inglaterra no pudo ser

tomada ni obligada a rendirse, incluso cuando se arrojaron contra sus poblaciones civiles los temibles cohetes voladores V-1 y V-2. La infantería tenía que ocupar el terreno conquistado y sólo cuando se tomó Berlín terminó la guerra en Europa. Los tanques se convirtieron en el arma más eficaz y temible. Ellos constituyeron la fuerza de choque de las **panzerdivisionem** —mecanización de la guerra—, concebida por el general Guderian, táctica que después hizo suya el más popular de los generales norteamericanos, George C. Patton.

El ejército norteamericano sufrió tres veces más pérdidas que en la Primera Guerra Mundial: 400.000 muertos. No se olvide que las dos bombas atómicas arrojadas sobre Japón causaron por sí solas

cerca de 50.000 muertes, motivando con ello la rendición del ejército nipón (agosto de 1945). El Presidente Truman mantuvo las bases militares que se extendieron posteriormente a diversos países de Europa y Asia, pero la estructura básica del ejército volvió a ser liquidada. El ejército se redujo a 1.374.000 soldados, de los cuales 253.000 en Europa y Asia.

#### **LAS DOS ULTIMAS GUERRAS: COREA Y VIETNAM**

La de Corea duró tres largos años y la de Vietnam se considera como la más larga de la historia militar estadounidense. En 1950 las tropas del Estado comunista del Norte de Corea invadieron Corea del





La terrible bomba voladora alemana V-2 arrojada con profusión sobre Inglaterra estuvo a punto de provocar la rendición de este país hasta que se encontró la forma de hacerla explotar en el aire impidiendo así su acción mortífera. Fue el antecedente del sputnik, posteriormente utilizado por rusos y norteamericanos en sus vuelos espaciales.

Sur: la O.N.U. decidió por mayoría de su Asamblea que se diera toda clase de ayuda a Corea del Sur, formándose un ejército integrado en su casi totalidad por soldados norteamericanos bajo el mando del héroe de la guerra en el Pacífico contra Japón, general Douglas MacArthur. Se ponía una vez más en ejecución la llamada **Doctrina Truman**, que tenía por objeto acudir adonde el comunismo internacional amenazara con asentarse o extenderse. Murieron más de 100.000 soldados norteamericanos. La invasión china en apoyo del Norte de Corea (octubre de 1950) estuvo a punto de arrojar de todo el sur a las fuerzas de MacArthur, que se aferraron a la cabeza de playa de Pusan hasta darle al conflicto un carácter estacionario. En vista de lo cual, MacArthur propuso bombardear indiscrimina-

damente territorio y ciudades chinas, puesto que se trataba de una guerra abierta. El general MacArthur fue depuesto, pese a su enorme popularidad (hubo pueblo americano donde quemaron a Truman en efigie), por un Presidente civil: Harry S. Truman, y sustituido por el general Matthew B. Ridgeway. El armisticio que dejaba las cosas como al principio de la agresión fue impulsado por un Presidente militar: el general Dwight D. Eisenhower, ex-jefe de los ejércitos aliados en la Segunda Guerra Mundial.

En las guerras de Corea y Vietnam el ejército norteamericano funcionó a plena capacidad —más de medio millón de soldados desembarcaron en Vietnam— si se exceptúa el uso del arsenal atómico, pero no pudo derrotar a dos pueblos débiles militarmente, ni rechazar por completo la ava-

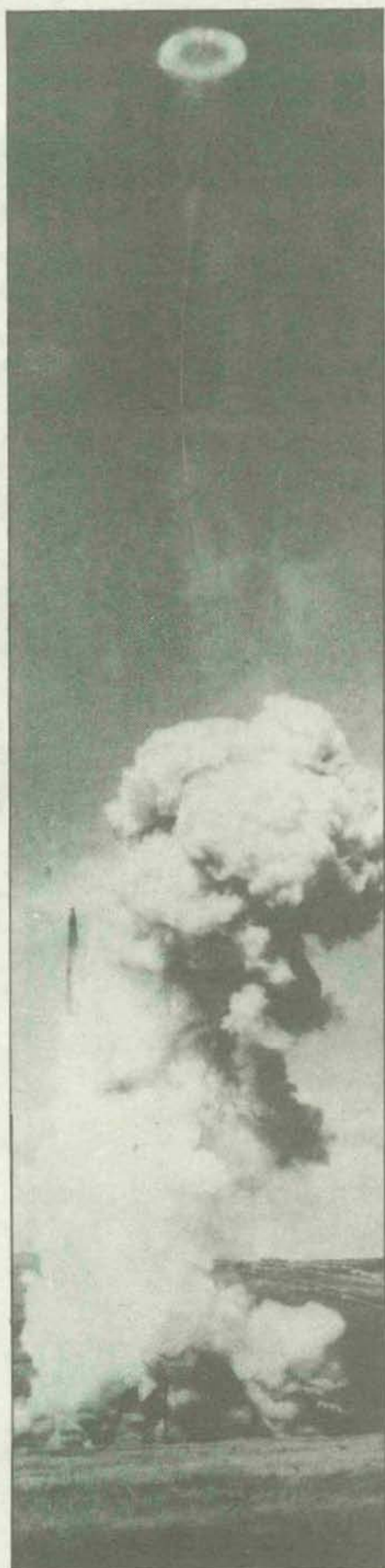
lanha china. El enemigo contaba con suministros de la Unión Soviética, cuyo material demostró ser sumamente eficaz, pero carecía del volumen y el entrenamiento técnico de un ejército moderno. El nacionalismo y la indoctrinación marxista sustituyeron junto al profundo conocimiento del terreno y del clima la inferioridad instrumental. Cuando un pueblo lucha por su supervivencia sólo puede ser vencido, como la legendaria Numancia en España, con su total exterminio. Esto quizá pueda lograrse en nuestro tiempo repitiendo las trágicas experiencias de Hiroshima y Nagasaki.

La conscripción —ocho años de servicio obligatorio en activo y reserva— volvió a instituirse en los Estados Unidos durante las guerras de Corea y Vietnam. La medida siempre ha sido extremadamente im-

popular, hasta el punto de que un Presidente **halcón** (belicista) como Richard Nixon se vio obligado a reinstalar el voluntariado militar (junio de 1973), que aún sigue vigente. Se hace gran publicidad en revistas y televisión para conseguir reclutas en los distintos cuerpos armados: 419,40 dólares ganan los soldados rasos al mes, a lo que se agrega comida y alojamiento gratis, servicio médico y dental, que en los Estados Unidos cuestan una fortuna. Los cuerpos especializados pagan mucho más y se estimula el estudio técnico con suculentos premios en metálico.

A pesar de sus ventajas, el voluntariado militar encuentra cada día más resistencia y los gastos que implica para el Estado son estratosféricos. El Pentágono (Secretaría de la Defensa) y el Presidente Carter se muestran públicamente enemigos del **draft** (conscripción), pero son ya numerosos los miembros del Congreso partidarios de que vuelva a instalarse en el país incluso en tiempo de paz contra la costumbre ancestral, al menos para los reservistas. Sin embargo, todavía se oyen exclamaciones, como la muy reciente del congresista demócrata John F. Seiberling —diputado por Ohio—, quien considera la conscripción innecesaria, inmoral y quizá anti-constitucional: «Estoy inalterablemente en contra de la prusianización de nuestra sociedad».

Harry Hopkins cuenta en sus memorias —fue uno de los más cercanos colaboradores del Presidente Franklin Roosevelt— que cuando se mas- caba en el ambiente que el Japón iba a dar un golpe inesperado contra las instalaciones de los Estados Unidos, propuso al Presidente que se anticipara para evitar las conse-



Explosión de una de las modernas armas atómicas: el A Minuteman ICBM de fabricación norteamericana. El cohete ha pasado a través del círculo de humo en busca de su blanco. Su poder destructivo es incalculable.

cuencias. Roosevelt replicó con gran serenidad: «Imposible. Nosotros somos un pueblo pacífico y democrático, pero tenemos un buen record...». Lo que venía a significar: quizá nos toque siempre recibir el primer porrazo, pero nosotros daremos el último.

Una nueva guerra mundial flota desde hace tiempo en el espacio como pompa de jabón. Con los arsenales atómicos de las dos superpotencias y de otras potencias menores, si llegaran a emplearse sucedería lo que el famoso científico Robert Oppenheimer pronosticó al compararlo con la lucha de dos escorpiones dentro de una botella de cristal: un mutuo asesinato. A pesar de existir bombas tan incalculablemente destructivas como la **Triple-Warhead Minute Man III** en poder de los Estados Unidos y las **Tres Generaciones de Nuevos ICBM** soviéticos, las fuerzas convencionales de la OTAN y del Pacto de Varsovia tienen en pie de guerra los siguientes elementos:

OTAN.—620.000 soldados, 7.000 tanques y 2.700 piezas de artillería.

PACTO DE VARSOVIA.—943.000 soldados, 21.000 tanques y 10.000 piezas de artillería. En aviones también son ligeramente superiores los soviéticos y en barcos de guerra los norteamericanos.

La idea de seguir recurriendo a la guerra como instrumento de la política nacional ha llegado a convertirse en una monstruosidad irracional que mantiene al planeta Tierra al borde de su propio exterminio, a pesar de ser la única sede, en nuestro sistema solar, de ese maravilloso y breve regalo de la Naturaleza que es la vida. ■ A. C.